

3550

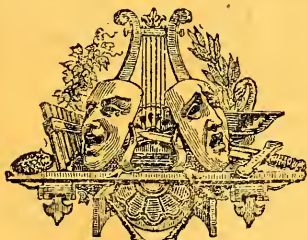
GALERÍA DRAMÁTICA

DE

MANUEL P. DELGADO

COMPRENDE

LAS MEJORES OBRAS DE NUESTROS CLÁSICOS MODERNOS



OFICINAS

ASEO DE RECOLETOS, NUM. 10, PISO PRIMERO

MADRID

5



D. ALVARO DE LUNA,

DRAMA

EN CINCO ACTOS,

POR

Don Antonio Gil de Zárate.



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

=
1840.

PERSONAS.

EL REY DON JUAN II.

DON ÁLVARO DE LUNA, *condestable de Castilla.*

DON JUAN PACHECO, *marques de Villena.*

DON ÁLVARO DE STÚÑIGA, *hijo del conde de Plasencia.*

ALONSO PEREZ DE VIVERO, *contador mayor.*

ELVIRA, *hija del condestable.*

EL MARQUES DE SANTILLANA.

EL CONDE DE PLASENCIA.

EL CONDE DE CASTRO.

JUAN DE MENA.

FERNANDO MORALES, *page del condestable.*

RIVADENEIRA, *doncel del condestable.*

UN ESCUDERO VIEJO.

EL VERDUGO.

CABALLEROS, ESCUDEROS PAGES, CRIADOS, SOLDADOS, BALLESTEROS, ALCALDES, ALGUACILES, DOS FRAILES.

La accion pasa los dos primeros actos en Escalona, el tercero y cuarto en Burgos; el quinto en Valladolid. Año de 1453.

Este drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un jardin.

ESCENA PRIMERA.

PACHECO. VIVERO.

- PACHECO. ¿Quedamos solos, Vivero?
VIVERO. Solos quedamos, señor.
PACHECO. Pues venid; que con sigilo
tenemos que hablar los dos.
VIVERO. Mirad, don Juan lo que haceis:
ni el sitio, ni la ocasion....
PACHECO. Las auras de este jardin
se llevarán nuestra voz:
demas, que hoy entretenidos
con tan soberbia funcion,
todos á ver sus aprestos
acuden.... Si tambien vos....
VIVERO. Quien de don Juan el segundo
en la corte se crió,
tiene á justas y saraos
saciada ya la aficion.
¡Famoso reinado ha sido!
Turbulento, vive Dios;
pero tampoco en las justas
ninguno como él brilló.
PACHECO. Por eso es hoy de un rico-hombre
estraña la condicion.
Noble, galan, cortesano,
á par que batallador,
así pulsa harpa sonora,
como vibra su lanzon,
y así le agrada el estrado,
como el combate feroz.

Quizá en medio de una fiesta,
bajo risueño esterior,
de algún oculto volcán
amenaza la explosión;
y donde solo se ven
juegos de cañas y amor,
suele proyectos más serios
abrigar el corazón.

VIVERO. Entiendo.... Tal vez ahora
se trama aquí....

PACHECO. Perez, no.

VIVERO. Este misterio....

PACHECO. No indica
de alguna trama el temor:
más tener con vos me importa
secreta conversación.

VIVERO. Hablad, pues.

PACHECO. ¿Me conocéis,

Vivero?

VIVERO. Extraña cuestión.

No ignoro, don Juan Pacheco,
vuestra nobleza y valor:
sé que ha poco el marquesado
de Villena el rey os dió;
y además que os honra el príncipe
con su envidiable favor.

PACHECO. Pues si eso sabéis, Vivero,
bien puede vuestra razón
lo que habré de ser un día
inferir de lo que soy;
y si un ejemplo queréis
de mi futuro esplendor,
en don Alvaro de Luna
podeis mirarlo; que si hoy
él es en Castilla tanto,
no habré de ser menos yo.
Guiados por una estrella
dos soles somos los dos;
mas él es sol que se pone,
y yo soy naciente sol.

VIVERO. Si habeis juzgado oportuno

recordarme lo que sois,
 os debo tambien hacer
 igual recuerdo en rigor.
 Alonso Perez me llamo:
 no es antiguo mi blason,
 no me precio de linaje;
 mas al que humilde nació,
 lo que en cuartcles le falta
 tal vez le sobra en valor.
 Mis servicios son mis timbres;
 y no han sido escasos, no,
 si de ellos es permitido
 juzgar por el galardón.
 De Jerquera y de Vivero
 y de Alcalá soy señor:
 en el consejo del rey
 alzo el segundo la voz,
 y ministro de su alteza
 soy su contador mayor.
 El que de humildes principios
 á esta altura se elevó....

PACHECO.

Suele caer, mas aprisa
 si le falta el valedor.
 A la sonbra del de Luna
 Castilla medrar os vió;
 mas si esa luna se eclipsa,
 decid, ¿qué será de vos?

VIVERO.

No soy tan nuevo en las cortes
 que viva sin prevision
 á merced de las mudanzas
 que en ellas labra el favor.
 Afecto al de Luna fuí,
 mi lealtad le sirvió;
 mas no he de ser cual la yedra,
 asida con tal teson
 al arbol que la protege,
 que el hacha del leñador
 para derribar el tronco
 los corta á un tiempo á los dos.
 Nuevo apoyo, si ese falta,
 sabré buscar en sazon;

- que cuando otros se despeñan,
despeñarme fuera error.
- PACHECO. Prudente sois; buen Vivero.
- VIVERO. Quien los palacios pisó,
¿no debe serlo?
- PACHECO. Pues bien,
hablémonos sin ficción.
Vos no os podeis sostener
sin un brazo protector,
y si vos no me servís,
vanos mis designios son.
Esto supuesto, Vivero,
ved lo que os está mejor:
ó caer con el de Luna,
ó alcanzar mi protección.
- VIVERO. ¿Con el de Luna caer!
- PACHECO. ¿Eso me lo decis hoy!
El astro del condestable
ha dias que se eclipsó.
Esta pompa que aqui veis,
este soberbio esplendor
que al de los reyes iguala,
la asombrosa reunion
de damas y cortcsanos
que acuden hoy á su voz,
adorando al que en Castilla
resplandece como el sol;
esas magníficas justas
de las trompas al son
salen á probar sus lanzas
guerreros de alto valor;
el rey mismo que bajando
del noble solio español,
viene á honrar con su presencia
de un vasallo la mansion;
todo no es mas que la sombra
de un poder que ya pasó,
y de una luz que se apaga
el último resplandor.
- VIVERO. ¿Cómo!.... Explicaos.
- PACHECO. Del rey

yo leo en el corazon.
 Privanza de tantos años
 le cansa; el yugo opresor
 siente al fin, y solo anhela
 de romperlo la ocasion.
 Do quier halla al condestable
 que le cela en rededor,
 y en sus miradas altivas
 le tiene como en prision.
 Desvanecido el encanto
 que un tiempo le subyugó,
 ya no mira á su valido
 jóven, galan, seductor,
 sino cual áspero anciano:
 de orgullosa condicion.
 No es el verle su alimento,
 no enferma si se ausentó:
 si antes buscábale ansioso,
 hora huye de él con temor;
 y no penseis que á su pecho
 vuelva la antigua aficion;
 que de amar dejan los reyes,
 pero eterno es su rencor.
 Y sin duda, aprovechando
 tan bella disposicion,
 ¿quereis hacer de un rival
 la caida mas veloz?
 Recoger su herencia intento,
 mas no ser su destructor;
 que cuando baje al sepulcro,
 sin esfuerzos el timon
 podré empuñar del estado,
 y ser del reino señor.
 Hora ambiciones sin cuento
 contrastáran mi ambicion;
 y de tanto noble altivo
 á tal distancia no estoy,
 que no presuman los necios
 ver en mí lo que ellos son.
 Riquezas tiene el maestre
 y empleos de tal valor,

VIVERO.

PACHECO.

que me estará bien por cierto
 su opulenta sucesion;
 y si logro al de Villena
 unir de Luna el blason,
 ¿quién se atreverá en Castilla
 á ser mi competidor?

VIVERO. Vos, Perez, podeis servirme.
 Mandadme, que vuestro soy.
 PACHECO. Pues bien, es fuerza que astuto
 penetreis....

VIVERO. Callad, por Dios;
 que viene Elvira.

PACHECO. ¿La hija
 del maestro?

VIVERO. Vamos.

PACHECO. No;
 que huélgome de tener
 de hablarle aquí la ocasion.

ESCENA II.

DICHOS. ELVIRA.

*(Sale Elvira pensativa llevando en la mano una
 banda.)*

ELVIRA. Banda de rojo color
 de oro precioso bordada,
 á premiar hoy destinada
 la destreza y el valor,
 ¿cuál será el pecho que ufano
 te conquiste en el torneo,
 y con tan noble trofeo
 trémula adorne mi mano?
 ¡Ah! si te logra adquirir
 aquel que por mí suspira,
 aquel por quien solo Elvira
 el suyo siente latir!
 Sí, tú vencerás, mi bien,
 tuyo este premio será;
 pues si tu amante lo da,

¿quién te lo disputa, quién?
 Infunde, virgen Maria,
 aliento á su corazon,
 cuando en ardiente bridon
 combata á la vista mia:
 que á cada encuentro un laurel
 mire en su frente brotar,
 y en tus aras consagrar
 prometo rico joyel.

Venga á recibir de mí
 la banda entonces mas bella;
 y si el alma no va en ella,
 es porque ya se la dí.

(*Se sienta en un banco.*)

VIVERO.

Pensativa está, señor.

PACHECO.

No nos ha visto, Vivero.

VIVERO.

Y por las señas infiero
 que es pensamiento de amor.

PACHECO.

Pedidle, Vivero, á Dios
 que de esa suerte no sea.

VIVERO.

¡Dichoso quien la posea!

PACHECO.

O desdichados los dos.

VIVERO.

¿Teneisla amor por ventura?

PACHECO.

Por quien es, más que por bella.

Dejadme solo con ella. (*Vase Vivero.*)

ESCENA III.

PACHECO. ELVIRA.

PACHECO.

Guarde Dios vuestra hermosura.

ELVIRA.

¿Aquí vos, el de Villena?

PACHECO.

Perdonad mi atrevimiento
 si turbo ese pensamiento,
 señora, que os enagena.

ELVIRA.

Distraida en el jardin,
 contemplaba estos primores:

PACHECO.

¡son tan galanas sus flores!
 Bello es el blanco jazmin
 que los aires embalsama,
 bello el pintado clavel,

- y mucho mas bello que él
la rosa en su verde cama.
Yo al verlas embebecido
á gozarlas me quedé;
mas nueva flor encontré
y á todas por ella olvido.
- ELVIRA. ¿Tan preciosa es esa flor?
PACHECO. Pintarla es dificil cosa;
que por demas es hermosa.
- ELVIRA. Mas verla justo será.
PACHECO. Si en aquella fuente os veis,
en su cristal la hallareis.
- ELVIRA. ¿Luego soy yo?
PACHECO. Claro está.
ELVIRA. Cortesano estais, marques:
la lisonja os agradezco.
- PACHECO. Serviros, señora, ofrezco
si á la jnsta vais despues.
- ELVIRA. Iré; y esta banda os dice
que de ella faltar no puedo:
es el premio que concedo
al vencedor.
- PACHECO. ; Ah ! ; Felice
el que alcanzarlo consiga
- ELVIRA. Escaso premio es por cierto:
ní vos lo anhelaís, advierto.
- PACHECO. ; No lo anhelo ! ; Que eso diga
vuestra hermosura de mí!
- ELVIRA. Vestido de gala os veo;
y jamas en un torneo
tales armas conocí.
- PACHECO. Toquen luego á combatir:
que no tengo tan distante
mi armadura, que al instante
no la pueda requerir;
y la cota que probó
su buen temple en cien batallas,
que rompa el justar sus mallas
no teme por cierto, no.
- ELVIRA. Ocasion vuestro valor
de acreditarse tendrá,

que á honrar la justa vendrá
de los guerreros la flor.

PACHECO. A todos vencer prometo
si una esperanza me dais.

ELVIRA. Mucho, marques, blasonais:
nunca fue vano el discreto.

PACHECO. Perdonadme esta jactancia;
que quien os llegara á ver,
entre anhelar y poder
no conoce la distancia.

A ver y no á combatir
vine, señora, al torneo,
que á mis lauros tal trofeo
no he menester añadir;
y cuando solo pensé
que aqui sé alcanzaba gloria,
una mezquina victoria
á quien le falte dejé.

Mas hora que al vencedor
tan grato premio se ofrece,
lo que el valor no apetece
lo anhela ansioso el amor.

De vuestras miradas centro
prometedme que seré,
y os juro que venceré
en uno y en otro encuentro;
pues con tan dulce esperanza,
al son de guerrera trompa
no habrá peto que no rompa
con rudo golpe mi lanza.

ELVIRA. Digno sois de galardón;
mas que valgo poco entiendo,
y á lanzadas no pretendo
se gane mi corazón.

PACHECO. Pues bien, á ganarlo aspiro
hoy rendido á vuestros pies.

(*Se arrodilla.*)

ELVIRA. ¡Qué haceis?... Alzaos, marques,
alzaos, ó me retiro.

¡Gente viene!... ¡Santo Dios!
¡Destúñiga!

ESCENA IV.

DICHOS. DESTÚÑIGA.

DESTÚÑIGA. Perdonad
si interrumpo.... Continúad,
que estais bien así los dos.

ELVIRA. Poned sello á vuestra lengua:
ved que mi honor es sagrado,
é imprudencias de un osado
no pueden causarle mengua;
que si el marques loco ó necio
me ofende con su pasion,
su atrevida pretension
castigo con el desprecio. (*Vase.*)

ESCENA V.

DESTÚÑIGA. PACHECO.

PACHECO. ¡Pesia mi suerte enemiga!
¿A qué venis vos aquí?

DESTÚÑIGA. ¿Me lo preguntais á mí?

PACHECO. ¿A quién quereis que lo diga?

DESTÚÑIGA. A tal pregunta, marques,
solo responde mi espada.

PACHECO. ¿Qué hace, pues, ahí colgada?

DESTÚÑIGA. Os encontrais sin arnés,
y con armas desiguales
no acostumbro yo á lidiar.

PACHECO. Que tome os ha de pesar
las mias, pues son fatales.

DESTÚÑIGA. Si en armas sois tan dichoso
como lo sois en amores,
poco temo esos furores.

PACHECO. ¡Miserable!

DESTÚÑIGA. ¡Jactancioso!

PACHECO. Guerreros supe vencer
que oscurecen vuestra fama;
y á mis pies he visto dama

- de mas pró que esa muger.
- DESTÚÑIGA. Vive Dios, que en mi presencia
de Elvira habeis de hablar bien.
- PACHECO. No sufro yo su desden.
- DESTÚÑIGA. Ni yo tamaña insolencia.
- PACHECO. Y á vos, ¿quién os autoriza
para defenderla así?
¿Sois su caballero aquí?
¿Entrais por ella en la liza?
- DESTÚÑIGA. Soy quien no consiente en vano
se atreva nadie á ofenderla;
que á mí para defenderla
me basta ser castellano.
- PACHECO. Otra razon entreveo
que ha de poder mas en vos.
- DESTÚÑIGA. ¿Cuál?
- PACHECO. Me engaño, ó vive Dios,
tenéisla amor, segun creo.
- DESTÚÑIGA. ¿Yo?
- PACHECO. Sí, vos, sin duda alguna;
y á fé que es rara ocurrencia
unir con el de Plasencia
á su enemigo el de Luna.
- DESTÚÑIGA. Ya me falta el sufrimiento:
salid al campo conmigo.
- PACHECO. Perdonadme si no os sigo;
mudé ya de pensamiento.
Yo os complaciera, á fé mia,
con vos saliendo á lidiar;
mas si os llegara á matar
corta venganza seria.
Puesto que Elvira os prendó,
renunciad su mano bella;
pues quien casará con ella
no sereis vos, sino yo.
- DESTÚÑIGA. ¡Vos! vos! oh rabia!
- PACHECO. Servir
mi pasion primero es justo;
y despues, si es vuestro gusto,
tiempo habrá para reñir.
- DESTÚÑIGA. Primero que lo logreis

PACHECO. os he de arrancar el alma.
Tened, Destúñiga, calma:
¿ que viene gente no veis?

ESCENA VI.

DICHOS. EL REY. DON ALVARO. EL CONDE DE PLASENCIA. EL
CONDE DE CASTRO. EL MARQUES DE SANTILLANA. JUAN
DE MENA. VIVERO. CABALLEROS.

REY. Vistosa la plaza está.
SANTILLANA. Bella funcion á fé mia.
MENA. Escalona en este dia
fama eterna dejará.
ALVARO. ¡Qué es ver en altos balcones
colgados de rica grana,
tanta beldad que se afana
por robar los corazones!
¡Qué es ver el grato arrebol
de sus purpúreos colores,
y sus ojos brilladores
que compiten con el sol!
¡Y aquellas preciosas galas
do seda y oro se ostentan,
cuyos matices afrentan
del régio pavon las alas!
Y ¡qué es ver tanto galan,
tanto noble justador,
que por gloria ó por amor
la lucha esperando estan!
Cual recorriendo la arena
con arrogante altivez,
quiere vencer la esquivez
de la hermosa por quien pena;
cual cantando con primor
trova que inspirado iüventa,
primero lucir intenta
su ingenio que su valor.
Unos armados estan
de fuerte y brillante arnés,
con su empresa en el pavés

y con fierro de Milan;
 otros de gala vestidos
 las damas quedan sirviendo,
 á Marte fiero escondiendo
 bajo formas de cupidos.
 ¡Y tanto alazan brioso
 de erguido, en arcado cuello,
 por ardiente, noble y bello
 gloria del Betis undoso;
 ya luciendo en el paseo
 su paramento esplendente,
 ya retozando impaciente
 en bullicioso escarceo!
 Por Santiago, que al mirar
 ese marcial aparato,
 yo tambien en mi arrebato
 las armas he de jugar;
 que si su antigua pujanza
 la edad á mi brazo veda,
 aun la bastante me queda
 para romper una lanza.

REY.

¡Bella pintura! Muy bien.

MENA.

Maestre; el buen justador,
 ¿quereisme de trovador
 quitarme el lauro tambien?

ALVARO.

Donde se halla Juan de Mena
 ¿quién de poeta blasona?

Cuando él sus trovas entona
 ¿cuál otra ya dulce suena?

MENA.

Mas de una vez os prestó
 Apolo su dulce lira.

SANTILLANA.

Y el ardor que Marte inspira
 á par en vos se admiró.

ALVARO.

Alabanza cortesana;
 mas ser poeta y soldado
 á uu tiempo, solo le es dado
 al marques de Santillana.

SANTILLANA.

No ha sido lisonja en mí
 el proclamaros valiente,
 que en las lides frente á frente
 vuestro arrojo conocí.

- ALVARO. Bien me acuerdo, que en verdad no fuísteis siempre mi amigo.
- PACHECO. Olmedo fue buen testigo.
- REY. Ese suceso olvidad ;
y por Dios, no recordemos nuestras discordias fatales, origen de tantos males.
- ALVARO. Teneis razon: disfrutemos, caballeros, sin rencor de las fiestas de este dia: que sea todo alegria, puesto que el rey mi señor las honra con su presencia; y en fé de que os quiere bien nuevas mercedes tambien su alteza os hace. Plasencia, á vuestras villas podreis añadir la de Aravaca; vos, Castro, de Caravaca hoy la encomienda tendreis; vos, Mendoza, adelantado mayor sois ya de Castilla; y asistente de Sevilla, vos, conde, quedais nombrado.
- REY. (*Con enfado.*) Paso, paso, condestable. que haro generoso andais. Cuando mercedes hagais será precaucion laudable en vos pedirme otra vez primero la venia á mí.
- ALVARO. Señor, perdonad.... creí que....
- REY. Basta, basta.
- CASTRO. (*A uno que está á su lado.*) Pardiez que le ha puesto colorado.
- ALVARO. (*Ap.*) ¿Qué es esto que escucho, cielos?
- REY. (*A Pacheco que ha estado hablando bajo con él.*) Yo le cortaré los vuelos.
- PACHECO. En breve su orgullo osado llegára el cetro á usurpar.
- REY. Ahora, caballeros, id

y vuestros juegos seguid ;
que aquí me es fuerza quedar
con el maestre un momento.

ALVARO.

¿Conmigo?

REY.

Ciertos asuntos
tenemos que tratar juntos.
(*A los caballeros que se retiran.*)

Dios os guarde.

VIVERO.

(*Bajo á Pacheco.*) Macilento *
quedó con la reprimenda.

CASTRO.

(*Bajo á Plasencia con ironia.*)
Os doy, conde, el parabien
por esta merced.

PLASENCIA.

Tambien
yo os lo doy por la encomienda.

ESCENA VII.

EL REY. DON ALVARO.

ALV. Señor.... (*Se echa á los pies del rey.*)

REY. ¿Qué es esto, condestable... Alzaos...
¿Vos á mis plantas?

ALV. Sí... vuestro semblante
me dice, airado, que enojaros pude.

REY. No, don Alvaro, no.... Mas escuchadme....
Tiempo es ya de decir.... Mucho me cuesta....
Y no sé si tendré fuerza bastante.

ALV. ¿Qué os detiene, señor?... ¿Pensais acaso
en mí encontrar un corazón cobarde?
¡Ah! bien me conoceis: nunca la suerte
vencer pudo este pecho incontrastable.

REY. Una prueba de amor pidiros quiero.

ALV. Mi deber es por vos sacrificarme.
Decid.

REY. Viéndolo estais.... Por vos do quiera
mis reinos todos en discordias arden;
y tras tanto afanar, un bien precioso,
la paz, la dulce paz, es justo darles.

ALV. ¿Y bien?...

REY. En vano conseguirlo anhelo,

maestre, en tanto que á mi lado os guarde.
Salid, yo os lo suplico, de mi corte.

ALV. ¡Yo, señor!

REY. Es forzoso.

ALV. ¡Desterrarme!

¡A mí!

REY. No lo penseis.

ALV. ¡Yo desterrado!

¡Yo!—Bien, si lo mandais....

REY. No, condestable.

Escuchado lo habeis: os lo suplico.

ALV. Asi recompensar los reyes saben.

Este de mi lealtad, este es el premio.

REY. ¿Por ventura temeis que os arrebaté
de mi antiguo favor los altos dones
que tanto merceis?... No: las ciudades,
los títulos guardad que justo premio
fueron de tal valor, tantos afanes;
y nuevas gracias recibid ahora....

ALV. ¿Quién nada os pide aqui?... Mis dignidades,
mis bienes, ¿qué me importan?... ¡Ah! tomadlos...
Una sola merced quiero mas grande.

REY. ¿Cuál es?

ALV. La muerte.

REY. ¡Cielos!

ALV. Sí, la muerte
el solo premio es ya que podeis darme.

REY. Maestre, qué decis?

ALV. ¡Qué! ¿Tan mezquino
mi corazon juzgais, que solo cabe
en él codicia vil?... ¡Me dais riquezas,
títulos!.... y la honra, ¿nada vale?

REY. ¿La perdereis por eso?

ALV. ¿No la pierdo?

Decidlo vos.... Treinta años de combates
¡por término tendrán con mengua mia
acerba humillacion, destierro infame!

¡Ah!.... ¿Qué dirá Castilla, España toda?

¡Que fui tal vez traidor!.... No, no, matadme.

En el puesto en que estoy, solo muriendo
me es posible cederlo á mis rivales.

REY. Entiendo, hombre ambicioso: vuestro orgullo es el que os dicta tan audaz lenguaje.

Anhelais el poder.... ¡Necio que ignora que á quien lo pudo dar quitarlo es facil!

ALV. ¡Quién lo niega, señor?... ¡No os sacrifico cuanto puedo perder? ¡No os doy mi sangre? Solo guardo el honor: si esto es orgullo, la culpa es vuestra que me hicisteis grande.

Puesto que al cielo sublimarme os plugo, no pretendais ahora rebajarme, que los hombres cual yo, si á caer llegan, desquician el estado al desplomarse.

Miradlo bien, señor: no es al de Luna, no es un triste mortal á quien se abate: es Castilla, sois vos, que en estos hombros sustentándose estan treinta años hace.

Yo soy el que animoso en Talavera libraros supe del rebelde infante; yo soy quien desde un triste cautiverio en el trono os senté de vuestros padres; yo quien luchando con osados nobles en él os defendí firme y constante, y humillé al Aragon, y las banderas á vuestros pies rendí del fiero alarbe.

Mi vida entera la lealtad la abona.

Y ¡qué en cotejo de servicios tales pueden hoy presentar esos que intentan del lado vuestro con baldon lanzarme?

¡Quereis saber sus timbres? Tordesillas, Olmedo, Montalvan por ellos hablen; hablen tantos castillos asaltados do hicieron todos criminal alarde de insultar á su rey; hable el convenio en que vuestro poder haciendo partes, como á rico botin, se les vió ansiosos cada cual á la suya abalanzarse.

¡Logran ellos vencer? Castilla os mira indignada sufrir su yugo infame.

¡Consigo yo humillar su loco orgullo?

Con mas bello esplendor luego renace vuestro escelso poder, y vuestros reinos

en vos adoran, mas que un rey, un padre.
 El escudo soy yo de vuestro solio;
 y con ánimo fuerte, incontrastable,
 mientras ellos intentan destrozarlo,
 lo mantengo, señor, firme y radiante.
 Estos mis hechos son, este mi crimen;
 y si lo osais ahora castigadme.

REY. ¡Castigarte!.... ¡Cruel!.... ¿Puedes creerlo?
 ¿Eso dices de mí?... Pues qué, ¿no sabes
 que tu vida es mi vida; que aunque quiera,
 no le es dado á tu rey dejar de amarte?
 ¿cual si mal grado suyo á ser tu amigo
 un mágico poder le arrebatase!
 Tú de mi infancia compañero fuiste;
 y entre pueriles juegos, dulce, afable,
 la prision alegrabas en que injusta
 siempre me tuvo recelosa madre.
 A todas horas desde entonces fuera
 necesidad en mí verte y hablarte,
 escuchar tus consejos y seguirlos,
 mis contentos decirte ó mis pesares;
 y hora el pedirte que de mí te alejes
 siento mi corazon despedazarse.

ALV. No mas, no mas, señor.... Vuestro vasallo
 os obedece ya.... ¿Quereis mé marche?
 Pues bien, me marcharé.... Nada me importa
 que el puro brillo de mis timbres aje
 este cruel destierro.... Es vuestro gusto,
 cúmplase luego... Adios.... Pocos instantes
 durará mi pesar.... Si no sucumbo
 al rigor de este golpe que me abate,
 sé que bien pronto mas fatal sentencia....

REY. ¡Ah! ¿qué dices?

ALV. Pues qué, ¿creeis se sacie
 el insano rencor de mis contrarios
 mientras respire quien temblar los hace?
 ¿Qué mal los conoceis! Mi muerte solo,
 mi muerte anhelan.

REY. Eso no.... Constante
 te sabré defender.

ALV. ¿Podeis acaso

En vano, débil monarca,
fingir intentas un resto
de amistad: mejor que tú
en tu alma mezquina leo
el odio que oculto abrigas
acaso sin tú saberlo.

No pienses, no, que en tí fio;
que al débil su propio miedo
le hace crüel, y llorando
traspasa á su amigo el pecho.
Mas nada temo.... En mis manos

tu corazon siempre tengo,
y en ellas es para mí
lo que á un niño sus muñecos.

¿Presumes de mí librarle?

¡pensamiento loco y necio!

Rey don Juan, eres mi esclavo:

tan antiguo cautiverio

no se quebranta en un día;

y el que ha nacido á ser siervo,

por mucho que lo resista,

tiembla siempre ante su dueño.

¡No te atreviste, alma débil,

á decretar mi destierro!....

Pues dejas á mi eleccion

partir ó quedarme, el tiempo

sabré emplear de tal suerte

que tiembles ya verme lejos.

(Sale Pacheco.)

Mas Pacheco....

PACHECO.

Condestable,

concededme unos momentos.

ALVARO.

¿Importa me habéis ahora?

PACHECO.

Importa.

ALVARO.

Pues decid presto.

PACHECO.

Poco tardaré, que hablar

con toda franqueza os quiero;

y porque bien me entendais,

me escusaré de rodcos.

ALVARO.

¿Y bien?

PACHECO.

Tal vez lo sabeis,

mas si lo ignorais, sabedlo;
que es el marques de Villena....

ALVARO.

Mi enemigo, estoy en ello.

PACHECO.

Ahorrado habéisme el decirlo.

ALVARO.

Tampoco es grande el afecto
que me inspirais.... Pero en suma,
¿á qué viene ese recuerdo?

PACHECO.

No ha sido, segun las señas,
muy de vuestro gusto, creo,
la entrevista con el rey.

ALVARO.

¿De qué lo inferís?

PACHECO.

De lejos
pude observaros.

ALVARO.

Marques,
habeis estado indiscreto.

PACHECO.

En fin, maestro, ¿acabose
de hoy mas vuestro valimiento?

ALVARO.

¿Quién os lo ha dicho, don Juan?

PACHECO.

Lo dicen los ojos vuestros.

ALVARO.

¿Cómo?

PACHECO.

Sí; ya no se advierte
la antigua arrogancia en ellos:
turbados estan ahora
si antes miraban soberbios.

ALVARO.

Repórtese el de Villena,
que ya insolente le encuentro.

PACHECO.

Perdonad....

ALVARO.

Cansado estais:

decid pronto y acabemos.

PACHECO.

Decidme primero vos.
Cuando siendo aún mancebo,
la fortuna y los honores
contemplábais desde lejos,
cuando el favor de los reyes
era un ardiente deseo
que mas os atormentaba
cuanto lo esperábais menos;
¿no os inflamaban la mente
á veces altos ensueños
que á las cumbres del poder
alzaban el pensamiento,

y una llama abrasadora
encendian aqui dentro
que haciendo en el alma estragos,
odio engendraba y despecho?

ALVARO.

Si no me engaño, marques,
el retrato estais haciendo
de la ambieion.

PACHECO.

Pues entonces,
si asi se llama, la tengo.

ALVARO.

Esa confesion....

PACHECO.

Es franca,
el disimulo aborrezco.

Allá en los régios salones
conviene tal vez un velo
echar, para conseguirlos,
sobre ambiciosos proyectos.
Mas euando á encontrarse llegan
dos hombres del temple nuestro,
cuando cerca de embestirse
frente á frente se estan viendo,
entonces dejando á un lado
inútiles fingimientos,
se muestran cual ellos son,
grandes, fuertes, altanerós;
y noblemente pelean
si aniquilarse es su intento,
ó noblemente se abrazan
si une el interés su esfuerzo.

ALVARO.

De noble sangre nacido,
tuve nobles pensamientos;
y pues Luna me llamé,
astro de mudable aspecto,
mudanzas quise en mi suerte,
mas luna en creciente siendo.
Negar que de la ambicion
oí gustoso los ecos,
fuera negar lo que claro
mis obras estan diciendo;
y lo que en mí juzgué bien,
en vos no lo vitapero.

PACHECO.

Pero vos no habeis, maestre,

sentido lo que yo siento.
 Paso á paso habeis llegado
 á lo que sois, siendo espejo
 de vos mismo, pues que nadie
 os pudo servir de ejemplo.
 Pero yo cuando ambiciono
 subir, en presencia os tengo:
 vuestra imágen me persigue,
 me turba en todos mis sueños;
 contino vuestra grandeza
 con ansioso afan contemplo;
 y cuando en ser lo que soy
 pudiera estar satisfecho,
 os miro, y que hay mas allá
 conozco, y nada me creo.
 Es locura, bien lo sé;
 pero al fin estoy resuelto:
 ó á ser llego lo que sois,
 ó en la demanda perezco.

ALVARO.

Y por ventura, ¿sabeis
 lo que pedís?... ¡Ah! temedlo.
 No os engañe la apariencia;
 que en este encumbrado puesto
 todo por de fuera es glorias,
 todo suplicios por dentro.
 Su esplendor que tanto ofusca
 es semejante al del fuego,
 bello á distancia, mas quema
 al que osa tocarlo necio.
 Aqui solo encontrareis
 inquietud, desasosiego,
 continuo afan que acompañan
 las dudas y los recelos.
 En cuantos tengais al lado
 contrarios estareis viendo,
 que entre miradas afables
 lanzan dardos encubiertos;
 y sobre vos vereis siempre,
 cual rayo ardiente suspenso,
 el brazo que os elevára
 pronto á arrojaros al suelo.

¿Qué vale el poder si es dable
perderlo en solo un momento,
ó no alcanza á desterrar
este temor de perderlo?
¿Sabeis vos el conservarlo
cuánto cuesta? ¿qué tormentos?
¡Horrible es el corazon
del poderoso! Si verlo
pudiera el vulgo, causara
en vez de envidia, desprecio.

PACHECO.

Todo lo sé, condestable,
corozco bien lo que quiero.
Afañes causa el poder,
hace infeliz, bien lo creo;
mas todo una sola cosa
lo recompensa, el tenerlo.
Logre yo ser lo que sois,
todo lo demas es menos.
A vos os pueden quitar
bienes, honores, es cierto;
mas siempre de entre las ruinas
del poder que estamos viendo,
vuestra fama se alzará
para asombro de los tiempos.
Con tal de haber sido mucho,
en ser nada yo consiento;
y caiga luego al abismo
si toco primero al cielo.

ALVARO.

Que sois digno de elevaros
hasta mí, mostráis en eso;
pero explicaos al fin:
¿cuáles son vuestros proyectos?

PACHECO.

Rivales los dos temibles,
ó paz ó guerra os ofrezco.

ALVARO.

Elegid la que gustéis.

PACHECO.

Yo la paz.

ALVARO.

Y ¿he de creerlo?

PACHECO.

El combatirnos seria
el uno al otro perdernos,
con nuestra ruina encumbrando
á cosas nobles altaneros.

Para abatirlos mas pronto,
unamos nuestros esfuerzos:
vos quedaréis lo que sois,
yo seré sucesor vuestro.

ALVARO.
PACHECO.

¿Qué condiciones quereis?
La primera (porque anelo
que se afiance esta alianza
con lazo fuerte y eterno),
es ser de la hermosa Elvira
esposo.

ALVARO.
PACHECO.

¡Mi hija!

Yo creo

que mi sangre....

ALVARO.

Por lo noble

la sangre de los Pachecos
merece unirse á los reyes:
me honrareis con ser mi yerno;
y si es gustosa mi Elvira,
tan bello partido acepto.

PACHECO.

Pero no basta: es preciso
que asegurados quedemos;
y pues existen contrarios
que nos amenazan fieros,
el destierro ó la prision
hoy mismo nos libren de ellos.

ALVARO.

Conocidos son los míos;
decidme, marques, los vuestros.

PACHECO.

¿Qué pensais del de Plasencia?

ALVARO.

Ese ha de ser el primero.

PACHECO.

¿Y Destúñiga su hijo?

ALVARO.

Jóven gallardo es por cierto;
Y no le quisiera mal
si otro padre....

PACHECO.

Le aborrecco,
y exijo....

ALVARO.

Yo os lo abandono.

PACHECO.

Está bien: vos el tercero
decid.

ALVARO.

El conde de Castro.

PACHECO.

No lo merece por necio;
que en hombres de mas valer

el tiro asestar debemos.
Mas sea... Yo al almirante
señalo.

ALVARO.
PACHECO.

Es mi amigo.

Bueno:

decid un amigo mio,
y pagados quedaremos.
El conde de Alba.

ALVARO.
PACHECO.

A los otros
acompañe, aunque lo siento.
¿Quién mas?

ALVARO.

Luego lo diré;
me es fuerza pensar en ello.

PACHECO.

Yo entretanto preparar
del rey el ánimo quiero.

ALVARO.

Sí; marchad; que en este instante
le infunde mi voz recelos,
y si naciera de mí
se malogrará el proyecto.

PACHECO.

Adios, condestable, adios.

(Se dan las manos.)

ALVARO.

Adios, marques.

PACHECO.

¿Nos veremos
despues de la justa?

ALVARO.

Sí;
y sobre todo secreto.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un magnífico salón con ventanas y puertas laterales. En el fondo hay también tres grandes puertas que, abriéndose, dejan ver el jardín. Mesa y sillas.

ESCENA PRIMERA.

DON ALVARO, *solo*.

(Sale muy agitado y luego se sienta.)

Por fin, concluyóse ya
tan enojosa función:
¡fiestas cuando el corazón
lleno de ponzoña está!
¡Reír, fingir alegría,
y aquí dentro padecer!
No, nadie pudo creer
lo que el semblante mentía.
Doquier con malignos ojos
yo los ví que me observaban,
cual gentes que no ignoraban
mis mal ocultos enojos;
y entre el fúnebre brillar
de la fingida sonrisa,
con maliciosa pesquisa
mis penas escudriñar.
Parecido á ningún otro
es este horrible tormento:
de brasas era el asiento
do estaba como en un potro.
No puedo más.... De esta pena
descansemos un instante.—
¡Cuán ufano y arrogante

estaba allí el de Villena!
 ¡Cómo triunfaba el malvado!
 ¡Y á Elvira le entregaré?—
 No.... jamás consentiré....
 ¡Qué he de hacer, si lo he jurado!

ESCENA II.

DON ALVARO. ELVIRA.

ELVIRA. Héle allí.... ¡Cuán abatido!
 Padre....

ALVARO. Hija mia, ¿tú aquí?

ELVIRA. Cuando retirar os vi
 parecísteisme afligido.

ALVARO. Un poco.... sí.... Pero al verte
 se ahuyentan todas mis penas:
 tú solamente serenas
 este rostro que la suerte,
 sellando en él la arrogancia,
 á estar mustio y agitado,
 de negras sombras cercado,
 condenó desde la infancia.
 Do quiera inspirando susto
 y amenazando sombrío,
 solo contigo, angel mio,
 depongo mi ceño adusto.
 Tu sonreír inocente
 hondo penetra en el alma,
 y en ella vierte la calma
 desarrugando mi frente.

ELVIRA. ¡Dichosa yo, pues consigo
 vuestras penas mitigar!
 Mas ¿qué funesto pesar?...

ALVARO. ¡Ah! mi existencia maldigo.

ELVIRA. ¿Vos, señor, á quien el cielo
 de bienes sin fin colmó?
 ¿Vos, á quien fortuna alzó
 do mas no alcanza su vuelo?
 Poder, honores, riqueza,
 cuanto un mortal ambiciona

teneislo.

ALVARO. Sí, la corona
solo falta á mi grandeza.
Mas mi poder soberano
que á quien le contempla asombra,
que á mis plantas por alfombra
pone el reino castellano,
¿sabes cuanto al corazon
cuesta de afan y tormento?
¡Perdido es para el contento
cuanto alcanza la ambicion.

ELVIRA. Dejadlo. ¿A qué lo quereis
si vuestra desdicha labra?

ALVARO. ¿Quieres que mi pecho te abra?
No lo puedo.

ELVIRA. ¡No podeis!
ALVARO. No, que á quien logra alcanzarlo.
cual sujeto á un maleficio,
es el tenerlo un suplicio,
y es un suplicio el dejarlo.

ELVIRA. ¿Y si os lo quitan?

ALVARO. ¿Qué dices?
¿Sabes que ya lo procuran?
¿Sabes?... ¡Ah! mal se figuran
que han de lograrlo.... ¡Infelices!
Pronto mi venganza.... Elvira,
perdona, no estoy en mí,
perdona á tu padre, sí,
que hablando de esto delira.

ELVIRA. ¿Qué oigo?... ¿Algún traidor sin ley?

ALVARO. Lo son cuantos me rodean.

ELVIRA. ¿Y vuestra ruina desean?

ALVARO. Sí.

ELVIRA. Mas el favor del rey....
ALVARO. Y ¿qué es de un rey el favor?
Tan solo nube ligera,
llama leve y pasagera
que apaga el viento menor.

ELVIRA. ¿Temeis perderlo?

ALVARO. Hija mia,
ya lo he perdido.

ELVIRA.

¡ Dios santo!

¿ morireis ?

ALVARO.

Calma tu espanto;
mucho espero todavia.

ELVIRA.

¡ Ah ! sálvese vuestra vida
y piérdase lo demas.

ALVARO.

Vida y poder salvarás
si quieres.

ELVIRA.

¿ Yo ?

ALVARO.

Hija querida ,
tal vez á exigirte voy
un sacrificio penoso.

ELVIRA.

Por vos ninguno es costoso:
dispuesta á todos estoy.

ALVARO.

¿ Conoces al de Villena ?

ELVIRA.

¡ Al de Villena, señor !

ALVARO.

¿ Qué tienes ?

ELVIRA.

No sé.... De horror
siempre ese nombre me llena.
Villena es vuestro enemigo.

ALVARO.

Lo sé.... y otro tiempo cara
esa ambicion le costara;
que entonces pronto castigo....
Mas hoy adversa fortuna
lo dispone de otra suerte;
y á quien no puedo dar muerte,
es prudencia que me una.

ELVIRA.

¡ Cómo !

ALVARO.

Galan, cortesano,
de antiguo ilustre solar,
á noble doncella honrar
puede sin duda su mano.

ELVIRA.

Ya entiendo.... Tal vez la mia....

ALVARO.

Prometérsela debí.

ELVIRA.

¡ Oh cielos ! ; triste de mí !

ALVARO.

¿ Acaso repugnaria ?...

ELVIRA.

¿ No os he dicho que me espanta
ese hombre ?

ALVARO.

Mas en la corte
su bizarria , su porte ,
hoy á las damas encanta.

ELVIRA. ¿Me he de casar sin amor?

ALVARO. En la muger bien nacida,
si amor el pecho no anida,
en cambio sobra el honor.

ELVIRA. Bien, señor, me casaré;
basta que os lo prometiera:
cúmplase mi suerte fiera;
mas despues...

ALVARO. ¿Qué?

ELVIRA. Moriré.

ALVARO. ¿Tú morir! ¿Qué dices, necia?

¿Asi mi pecho quebrantas?
Mas ¿cómo al que anhelan tantas
tu ceguedad le desprecia?

ELVIRA. ¿No dije que le daré
mi mano? ¿Puedo hacer mas?

ALVARO. Y ¿desdichada serás?

ELVIRA. Eso, señor, ya lo sé.

ALVARO. Y ¿piensas lo consintiera?

Hija de mi corazon,
no es tanta, no, mi ambicion
que á tu dicha la prefiera.

Mas ¿qué infundado temor!

¿Tú infeliz!... No lo serás.

¿Cuán al contrario! Hallarás
la ventura en derredor.

Gentil, de bella apostura,
noble, discreto y cortés,
no desmerece el marques
de tu gala y hermosura;

y aunque repugnancia leve
tengas, al fin, que vencer,
consolaráte el placer

que tu pecho sentir debe
honrando mi ancianidad.

Tú salvarás mi cabeza,
y de un padre la grandeza
será tu felicidad.

ELVIRA. ¿Ah! no sabeis qué dolor
me costará la obediencia.

ALVARO. Estraño tu resistencia....

A no ser que ya otro amor....
 ¿Callas?... Elvira, ¿es verdad?
 Señor....

ELVIRA.

ALVARO.

Todo lo comprendo.

¡Ah! ¡ya en cólera me enciendo!
 Mal baya tu liviandad.

ELVIRA.

No prosigais; que ofendido
 con tal sospecha me habeis:
 ni en mí mancha encontrareis,
 ni de quien soy yo me olvido;
 y aunque tuviere otro amor,
 sumisa al deber filial,
 será la obediencia igual,
 si el sacrificio es mayor.

ALVARO.

Hija mia, no lo dudo;
 perdona si te ofendí:
 sí, digno será de tí
 aquel que prendarte pudo.
 Y ¿quién sabe?... Su nobleza,
 su poder puede ser tal,
 que de un odioso rival
 logre abatir la altiveza.
 Porque le aborrezco, Elvira,
 y aun mas que tú le detesto,
 y horror su enlace funesto
 como á tí misma me inspira.
 Digno, señor, de los dos
 es el que á mi ley se humilla:
 poderoso es en Castilla;
 pero....

ELVIRA.

ALVARO.

Nómbrale por Dios.

ESCENA III.

DICHOS. VIVERO.

VIVERO.

Señor....

ALVARO.

¡Qué necio importuno!
 ¡Y bien! ¿Qué quereis?

VIVERO.

Que os diga
 dos palabras permitid.

REY. ¡Que el de Villena
de tan bajos ardidés!....

ALV. Conocerlo
debiérais ya señor. ¿No es él, acaso,
quien al príncipe incauto corrompiendo,
entre placeres y delicias torpes
perdió su juventud? ¿Por sus consejos
contra su padre y rey el estandarte
tambien de rebelion no diera al viento?
¿Quién concitando á turbulentos nobles,
siembra discordias y la paz del reino
aleja sino es él? ¿Quién ambicioso
codicia con afán mi honroso puesto;
y á medios viles, á sus artes, quiere,
no á sus servicios, como yo, deberlo?
El es tambien, él es.... ¡Necio! ¿Y presume
mostrarse igual á mí? ¿Dó los trofcos
están que al moro conquistó su espada?
¿Qué hazañas hasta aquí nombre le dieron?
O ¿cuándo, ya que en armas no es famoso,
mostrára su prudéncia en los consejos?
Ponedle á prueba; y á sus torpes manos
por breves dias confiad el cetro.
La discordia vereis, aun no abatida,
su horrible frente levantar de nuevo;
vereis lanzarse, como hambrientos lebos,
él y los suyos á los tristes pueblos,
y su sangre beber; y escarnecida
vuestra alta dignidad vereis á un tiempo.
¿Qué mas? Del uso que el malvado hiciera
de su infausto poder en ese pliego
la prueba tencis ya.... Si así empezaba,
de lo que hiciera al fin estremeccos.

REY. Harto lo vco, sí.... Sus falsedades,
sus palabras de sangre hora recuerdo.
¡Ah! perverso, ¡qué horror!.... Pero, maestro,
¿qué partido tomar?

ALV. No os aconsejo.
Solo debo decir, por si os importa,
que donde esté Villena estar no puedo.

REY. ¿Dejarme hora quereis?

Será preciso.

Si él queda en vuestra corte, yo me ausento.
 Con disturbios sin fin, si ambos en ella
 que estemos consentís, la turbaremos:
 él de mi ruina sin cesar tratando,
 yo sus pérfidas tramas combatiendo.
 Entre uno y otro que elijais conviene:
 ved á cuál preferís.... Yo con respeto
 vuestra sentencia aguardo.

REY.

Y un instante

¿podeis dudar cuál sea?... Conocerlo
 me es forzoso, maestre: de mi lado
 no os debéis separar; que al noble esfuerzo
 con que mi causa sosteneis constante,
 el bello lustre de mi trono debo.
 Mas combatido por afectos tantos,
 dejadme respirar; que harto padezco
 en tan penosa lucha, y retirado
 me es necesario estar cortos momentos.
 En breve os llamaré; y en este asunto
 de lo que hacer conviene trataremos.
 Adios.

ALV.

Pero, señor, con esa lista,
 ¿qué pretendéis hacer?

REY.

Nada.... Os la entrego.

(Le da el papel y vase.)

ESCENA V.

DON ALVARO, solo.

Respira, al fin, corazón,
 que ya el triunfo aseguré.
 Villena, rival osado,
 caíste en tu propia red.
 Mira este pacto afrentoso
 que me quisiste imponer,
(Rompe el papel.)
 míralo pedazos hecho;
 y tiemble ya tu altivez,
 que con tu pecho malvado

hoy lo mismo espero hacer.

ESCENA VI.

DON ALVARO. PACHECO.

- PACHECO. ¿Hablásteis al rey, maestre?
 ALVARO. Sí, Villena, ya le hablé.
 PACHECO. ¿Luego consiente?
 ALVARO. Lo ignoro.
 PACHECO. ¿No le pudisteis vencer?
 ALVARO. Mas dichoso en mis esfuerzos
 seré sin duda otra vez.
 PACHECO. La diligencia conviene:
 mas eficaz os juzgué.
 ALVARO. Es que acaso entre los dos
 hechos los tratos no estén.
 PACHECO. ¿Eso decís? Terminados
 quedaron á mi entender.
 ALVARO. Todavía cierto punto
 falta que arreglar.
 PACHECO. ¿Cuál es?
 ALVARO. Lo del casamiento.
 PACHECO. ¿Cómo?
 ALVARO. ¿No prometisteis tambien?
 Prometí si consentia
 Elvira gustosa en él.
 Recordadlo.
 PACHECO. Lo recuerdo;
 pero de un padre la ley
 puede obligar....
 ALVARO. Su tirano
 ser no pretendo, marques.
 ní contra su voluntad
 vos admitiérais muger.
 PACHECO. Que sea buena casada
 es tan solo mi interés;
 y eso dejadlo á mi cargo.
 ALVARO. No es, Pacheco, menester;
 que es bien nacida, y cual noble....
 PACHECO. Condestable, ya lo sé;

- pero acabemos: Elvira....
 ALVARO. Tardo sois en comprender.
 Duéleme tan malas nuevas
 daros; mas Elvira....
- PACHECO. ¿Y bien?
 ALVARO. No consiente.
 PACHECO. ¿No consiente!
 Tal disculpa no penseis
 que admita.
- ALVARO. Admitidla ó no;
 que eso resuelve, sabed.
- PACHECO. Aborrémonos de palabras.
 Vuestro amigo quiero ser:
 si vos quereislo ser mio,
 mis condiciones sabeis.
- ALVARO. No acostumbro tolerar
 quien me las quiera imponer.
- PACHECO. Ni yo sufrir de un perjurio
 acostumbro la doblez.
- ALVARO. Tened la lengua, ó si no,
 vive Dios, la arrancaré.
- PACHECO. ¡Débil anciano!
- ALVARO.

La sangre
 no ha helado en mí la vejez;
 para humillar á soberbios
 sobra á mi brazo poder,
 y mas soberbios que vos
 suelen besarme los pies.
 ¿Pensásteis, jóven audaz,
 envanecido doncel,
 que hasta el de Luna elevarse
 pudiera vuestra altivez?
 ¿Pensásteis que do mi frente
 se alza igual á la del rey,
 se alzára tambien la vuestra
 do apenas miro un laurel?
 El astro de mi fortuna
 no perdió su brillantez,
 y rivales como vos
 solo merecen desden.

PACHECO.

No me hablábais tan altivo

que humilde recibe cayendo á sus pies.
Mas ¿dónde halla el pecho tan fuerte pavés
que allí de unos ojos los rayos resista?

En vano en las lides laureles conquista,
que amor, débil niño, le vence despues.

SAN. (*A Elvira.*)

Tomad, pues, la banda, preciosa labor,
do cifra gloriosa bordó vuestra mano,
do en letras doradas leer puede ufano:
«Elvira este premio concede al valor.»

ELV. A mí, caballeros, me cupo este honor;
que es glería en las damas premiar al valiente;
y solo un disgusto mi pecho hora siente:
que el mérito es grande, y el premio...

DES. Esmayor.

¿Cuál otro, señora, pudiera?....

ELV. (*Bajo.*) Callad;

que estais imprudente.

DES. Mi amor dichas tantas,

Elvira, enagenan.

ELV. Caed á mis plantas;
y humilde, guerrero, la banda aceptad.
Con ella al combate ceñido marchad;
y allí contra el moro lidiando con gloria,
la enseña á ser llegue, señal de victoria,
que anuncia al alarbe crüel mortandad.

(*Destúñiga se arrodilla y Elvira le pone la banda al pecho. Sale Vivero apresurado.*)

ESCENA XI.

DICHOS. VIVERO.

VIVERO. Dejad, dejad, caballeros,
esos gratos ejercicios,
y ocupen vuestro valor
otros cuidados mas dignos.
Dejad tan vanos festejos
despojados de su brillo;
pues la presencia les falta
del gran rey que á honrarlos vino.

CABALLEROS. ¿Cómo?

VIVERO. Don Juan y su corte
abandonan estos sitios.

DESTÚÑIGA. ¡El rey!

SANTILLANA. ¿Qué causa?

VIVERO. La ignoro.

Con partir tan repentino
el condestable ha quedado
solo, místico y pensativo,
cual si una horrible desgracia
sobre él hubiera caído.

ELVIRA. ¿Qué será?... ¡Cielos!... sepamos...
¡Temblando estoy! (*Vase corriendo.*)

DESTÚÑIGA. ¡Ah! ya os sigo.

(*Destúñiga y las damas siguen á Elvira.*)

SANTILLANA. ¿De tan imprevista ausencia,
no adivináis el motivo?

VIVERO. Aquí se acerca Pacheco:
tal vez él podrá decirlo.

ESCENA XII.

PACHECO. VIVERO. PLASENCIA. CASTRO. MENA. SANTILLANA.
CABALLEROS. ESCUDEROS. PAGES.

PACHECO. Triunfamos ya, ricos-hombres,
de un insolente valido.
Cansóse al fin el monarca
de verle usurpar altivo
el soberano poder
que del cielo ha recibido.
La régia pompa, el orgullo
que respira este recinto,
el ancha copa han colmado
hoy del sufrimiento antiguo.
Marcha indignado su alteza;
y si es fiel mi vaticinio,
cumpliéndose nuestras ansias,
veremos pronto el castigo
del que teniendo en su mano
de Castilla los destinos,

hollar con osada planta
 su ilustre nobleza quiso.
 Hora al pasar junto á mí
 con triste aspecto sombrío,
 miradas de rabia llenas
 sus ojos me han dirigido;
 pero en su arrugada frente,
 en su semblante amarillo,
 las evidentes señales
 de su desgracia he leído.

CASTRO. ¿Qué dices?... ¡Ah! derrocado
 otras veces ya le vimos;
 y mas audaz y orgulloso
 se levantó del abismo.

SANTILLANA. Algun dia nuestras lanzas
 en mil combates reñidos,
 queriendo humillar su orgullo
 remacharon nuestros grillos.

PACHECO. No importa. Lo que no pudo
 de tantos nobles el brio,
 hoy mas poderoso que ellos
 lo alcanza un vano capricho.

VIVERO. Pero si el rey vuelve á verle
 aun triunfará su cariño.
 Sigamos todos sus huellas.

MENA. ¿Vos del de Luna enemigo?

VIVERO. Ministro del rey, jamas
 su interés pospongo al mio.

MENA. ¿No aceptásteis del maestre
 riquezas y altos destinos?

PACHECO. Y ¿no os repartia á todos
 puestos, ciudades, castillos?
 ¿Para qué? Para ostentar
 su omnímodo poderío.

Agradecedle esos dones,
 dones que arrancó el inicuo
 á nobles iguales vuestros
 desterrados ó cautivos.

PLASENCIA. Y ¿quién de ese vil tirano
 ofensas no ha recibido?

SANTILLANA. En la corte, en los combates,

- siempre contrario me ha visto.
 CASTRO. Y yo de antiguos agravios
 aun tengo el recuerdo vivo.
 PACHECO. Marchemos, y sin descanso
 procuremos su esterminio.
 TODOS. Marchemos, sí.
(Hacen todos ademán de marchar; pero se detienen viendo venir á don Alvaro por el fondo con escolta.)
 VIVERO. Mas ¿no es él?
 SANTILLANA. Él es.
 CASTRO. Se acerca á este sitio.
 VIVERO. Le siguen los ballesteros.
 PACHECO. ¿Cuál podrá ser su designio?

ESCENA XIII.

DICHOS. DON ALVARO. BALLESTEROS.

(Los ballesteros que acompañan á don Alvaro se quedan en el fondo. El condestable se adelanta despacio y con aspecto sombrío por entre los nobles que atónitos le abren paso.)

- ALVARO. ¿Qué es esto, pues, caballeros?
 ¿Qué os altera?... ¿Por qué miro
 en vuestros ojos inquietos
 tal turbacion?... Suspendido
 ¿por qué las fiestas habeis?
 ¿Es miedo?... ¿es furor?... Decidlo.
 Decidlo vos, el de Castro,
 que en tierra los ojos fijos,
 cual si mirarme no osárais,
 humilde estais y sumiso.
 Decidlo, Plasencia, vos,
 que con rostro enfurecido,
 sacais del pecho al semblante
 los deseos vengativos.
 Y vos, marques, ¿no direis
 por qué ufano, envanecido,
 ese aspecto vencedor
 tomais ahora conmigo?

- PACHECO. Y decidme vos primero:
¿dónde está el rey? ¿por qué el brillo
no aumentan de estos festejos
sus resplandores divinos?
¿Por qué, presuroso, en fin,
se aleja de este récinto?
- ALVARO. ¿Queréislo saber, marques?
¿Triste de vos si os lo digo!
- PACHECO. No es tiempo ya de amenazas.
- ALVARO. Temblad, don Juan, os repito.
- PACHECO. No disimuleis. Su alteza
huye de vos.
- ALVARO. ¿Quién lo ha dicho?
- PACHECO. Vuestro orgullo, que insolente
su dignidad ha ofendido.
- SANTILLANA. Esa pompa que á la suya
quereis igualar altivo.
- PLASENCIA. Tantos años de opresion
bajo un pérfido ministro.
- ALVARO. No huye sino de traidores
que alcanzarán su castigo:
traidores que cuando aqui
con amistad los recibo,
en negras ocultas tramas
me asestan pérfidos tiros,
intentando convertir
en llanto estos regocijos.
Pues bien, se convertirán,
puesto que lo habeis querido;
y el águila que aqui os daba
bajo sus alas abrigo,
os va, sus garras abriendo,
á despedazar, inicuos.
- PACHECO. ¿Cómo!....
- ALVARO. Marques de Villena,
daos á prision ahora mismo.
- PACHECO. ¿Yo?
- ALVARO. Sí, vos.
- PACHECO. Y ¿quién lo manda?
- ALVARO. Yo, que basto á confundiros.
Guardias.

PACHECO.

Antes con mi acero...

PLASENCIA.

Aqui todos en tu auxilio
estamos, don Juan.*(Hacen ademán de echar mano á la espada.)*

ALVARO.

Teneos;

y respetad este escrito.

(Muestra un pliego.)

PACHECO.

¿Qué escrito?

ALVARO.

La orden del rey.

Mirádlas bien.... ¿La habeis visto?

PACHECO.

¡Cielos!

ALVARO.

¿Conocéisla?

PACHECO.

Sí.

ALVARO.

Y ¿quién será el atrevido
que este sacrosanto sello
se niegue á acatar sumiso?

PACHECO.

Nadie; que es mucha su fuerza.

ALVARO.

Y aun no tanta necesito:
para humillaros á todos
me sobran sin ella brios.
Qué, ¿tan pronto quien yo soy
pudisteis dar al olvido?
¿No bastan los rudos golpes
que os diera mi acero invicto,
que aun quereis mas escarmientos,
aun provocais mas castigos?
¿No os acordais ya de Olmedo,
donde en combate reñido,
postrados ante mis plantas
ví á mis fieros enemigos;
y allí poniendo los pies
en sus cuellos abatidos,
alcéme en los hombros suyos
donde tan alto me miro,
que entre los reyes y yo
distancia apenas distingo?
Pues sabed que este poder
á tanta costa adquirido,
no pienso, no, resignarlo:
treinta años de afán continuo,
de sobresaltos, de guerras,

este poder me han valido;
 y lo que tan caro cuesta
 ninguno lo cede vivo:
 ¿Pensábais desde la cumbre
 precipitarme al abismo?
 ¿Habeis querido perderme?
 ¡Torpe afán, vano designio!
 Cual la roca de las olas
 de vuestro furor me rio;
 y mientras siempre mas firme
 vuestros esfuerzos resisto,
 soy cual sol resplandeciente
 cuyo irresistible brillo
 las nubes que me hacen sombra
 solo al mostrarme disipo.
 Acatad, pues, este sol
 que hoy se levanta mas vivo,
 y ante su lumbre esplendente
 bajad los ojos altivos.
 Bajadlos, ceded, postraos,
 caed á mis pies sumisos;
 y allí adorad al que rige
 de Castilla los destinos.
 ¡Ah! ¡pesia mi negra estrella!
 ¡Oh baldon! Nuestro suplicio
 decretad luego.

PACHECO.

SANTILLANA.

ALVARO.

A vosotros,
 me basta el veros rendidos;
 y en prueba de que no os temo,
 os perdono compasivo.
 Pero vos, Pacheco, ireis
 de san Gormaz al castillo.
 Marchad luego.—Su custodia
 á vos, Vivero, os confio.
 Triunfais, condestable, ahora;
 mas todavia respiro.

PACHECO.

ALVARO.

Cuidad; que á mas de prisiones,
 Villena, hay tambien cuchillos.

ACTO TERCERO.

El teatro representa una galeria ó parte de corredor que da la vuelta al patio grande de un castillo. Por los arcos de esta galeria se ve lo restante del patio, y en el fondo una de las torres que debe ser practicable, alcanzándose tambien á ver parte del cielo. A los dos lados del proscenio habrá igualmente otras torres. La de la derecha del actor tiene una puerta pequeña que se supone dar á un pasadizo ó escalera estrecha que conduce al pie de la misma torre. La de la izquierda tiene una gran puerta gótica que conduce á habitaciones interiores. Mas allá de estas torres hasta la barandilla del corredor, el paso está espedito, de suerte que se puede recorrer libremente toda la galeria é ir por ella á las demas partes del edificio. Es de noche, y la escena está alumbrada por una lámpara que cuelga del techo.

ESCENA PRIMERA.

PACHECO. VIVERO.

(Vivero sale con precaucion: va á la puerta de la derecha: da tres palmadas: responden con otras tres dentro. La puerta se abre y sale por ella Pacheco.)

VIVERO. Entrad, don Juan, no temais.

PACHECO. ¿Estamos solos?

VIVERO. Sí, solos.

PACHECO. ¿Dónde estoy?

VIVERO. La galeria
es esta que corre en torno
del gran patio: las dos torres
que á Burgos causan asombro

mirad allí... Aquella puerta
de los moriscos adornos
es la estancia del maestro.
La de Elvira allá en el fondo.

PACHECO. ¿Luego deberán pasar
por este sitio?

VIVERO. Es forzoso.

PACHECO. ¿Decís que por esta puerta
(*Señalando la de la derecha.*)
nadie entrará?

VIVERO. Ningun otro,
sino yo, su llave tiene;
que desde tiempos remotos
nadie ese paso frecuenta.

PACHECO. (*Señalando la puerta de la izquierda.*)
¿Qué es aquello?

VIVERO. El oratorio.

PACHECO. ¿Y allí se han de celebrar
sin duda esos desposorios?

VIVERO. El sol de ocultar acaba
en el mar sus rayos rojos;
y la santa ceremonia
se celebrará muy pronto.
Elvira á cumplir ha ido
sus deberes religiosos,
y cuando vuelva....

PACHECO. Vivero,
no volverá.

VIVERO. ¿No?... ¿Pues cómo?...

PACHECO. Dispuesta mi gente está
en el camino, y ya....

VIVERO. ¡Un robo!

PACHECO. Estoy á todo resuelto;
Sí, Pérez Vivero, á todo.
Pues debo á vuestra amistad,
y aun mas al poder del oro,
el haber de mi prision
las herradas puertas roto,
yo os juro que he de lograr
mis vengativos enojos.
De sangre del condestable

tengo sed; mas esto es poco,
 y antes le quiero robar
 su mas preciado tesoro.
 Quiero vengarme tambien
 de ese envanecido mozo
 que ha osado poner su amor
 donde yo puse los ojos.
 Goza, Destúñiga, aprisa
 de tu triunfo: será corto;
 que ya está aqui el de Villena
 para servirte de estorbo,
 y en lágrimas muy en breve
 se convertirán tus gozos.

VIVERO.

Gente viene.... El condestable.
 Marchad, ocultaos pronto.
 (*Vase Villena y cierra la puerta.*)

ESCENA II.

DON ALVARO. VIVERO.

VIVERO.

¿Que, en fin, señor, decidido
 estais á admitir por yerno
 á un Plasencia?

ALVARO.

Perez, sí;
 porque si al padre aborrezco,
 brillan prendas en el hijo
 de cumplido caballero.
 Mi Elvira, mi amada Elvira,
 por él arde en dulce fuego,
 y á su rogar, á su llanto,
 Perez, resistir no puedo.
 Su dulce voz me conmueve,
 me vence; y el duro pecho
 es blanda cera con ella,
 bronce para todos siendo.
 Demas que al amor de padre
 se une mi interés en esto.
 Hoy mi privanza vacila,
 bien lo conozco, Vivero,
 y apuntalar es preciso

torre que se está cayendo.
 Logrando de esa familia
 el apoyo, nada temo;
 que si ausente el padre, ignora
 el proyectado himenco,
 lo que hora no consintiera,
 habrá de aprobarlo hecho.
 Por lo mismo es importante
 en este asunto el secreto.

Yo no sé; pero me acosan
 tan tristes presentimientos;
 que en vano del corazón
 á desterrarlos me esfuerzo.
 Ese Villena.... Su fuga
 me tiene afanoso, inquieto,
 y á guardarme de sus artes
 días ha que solo atiendo.
 ¿Cómo se pudo escapar?....
 ¿Quién osó romper sus hierros?
 ¡Ah! tiemble, si le descubro,
 de mi furor el perverso.

VIVERO.
 Sin duda el marques, señor,
 huyendo en estraños reinos....

ALVARO.
 No lo creas: le conozco.
 No estará, Perez, muy lejos;
 y acaso en el mismo Burgos....
 Mas no hablemos mas en eso.
 Pensemos solo en la dicha
 de Elvira.... Testigo os ruego
 que en esta boda seais.

VIVERO.
 Serviros tan solo anhelo.

ALVARO.
 Mas permitid que de aqui
 me aleje breves momentos.
 Graves negocios me llaman.
 Id, pues; pero volved presto;
 que ya Destúñiga llega,
 y es impaciente el deseo
 del que de su ardiente amor
 aguarda el ansiado premio.

(*Vase Vivero.*)

ESCENA III.

DON ALVARO. DESTÚÑIGA.

DESTÚÑIGA. Dadme los brazos, señor.
 ALVARO. Gustoso os recibo en ellos;
 que es gloria al pecho estrechar
 la flor de los caballeros.
 Noble, galan y valiente
 siempre, Destúñiga, os veo
 el primero en los combates,
 en las justas el mas diestro.
 Honor dareis á mi casa;
 y ya os miro con el tiempo,
 á par que de mis estados,
 de mi poder heredero.

DESTÚÑIGA. Tan solo ambiciono ser
 de la hermosa Elvira dueño.
 Mas ¿dónde está?

ALVARO. Fue á la iglesia;
 y ya no puede.... ¿Qué es esto?
 (*Oyese ruido dentro.*)
 ¿Qué ruido?... ¿Por qué mis gentes
 precipitadas corriendo?

ESCENA IV.

DICHOS. UN ESCUDERO. CRIADOS.

ESCUDERO. ¡Señor!
 ALVARO. ¿Qué es eso?
 ESCUDERO. ¡Oh maldad!
 DESTÚÑIGA. ¿Qué ha sucedido?
 ESCUDERO. ¡Perversos!
 ALVARO. Hablad.
 ESCUDERO. Doña Elvira....
 ALVARO. ¿Y bien?
 ESCUDERO. ¿Cómo decir?....
 ALVARO. Acabemos.
 DESTÚÑIGA. ¿Alguna desgracia, acaso?

ESCUDERO. Ha sido robada.
 DESTÚÑIGA. ; Cielos!
 ALVARO. Guzman, ved lo que decis.
 ESCUDERO. ; Ah! Señor, es harto cierto.
 Veníamos de la iglesia;
 y de este sitio no lejos,
 seis hombres con antifaces,
 desnudando los aceros,
 se arrojan sobre nosotros.
 Defenderme en vano intento,
 que la espada sirve mal
 el valor de un pobre viejo.
 Aquella débil escolta
 de dueñas y de escuderos
 pronto se vió dispersada;
 y los agresores, dueños
 de doña Elvira, á pesar
 de sus gritos y mi esfuerzo,
 se alejan; que favorece
 la noche su vil proyecto.
 ; Horrible maldad!

ALVARO. ; Oh rabia!
 DESTÚÑIGA. Corramos luego tras ellos.

(Vase precipitadamente.)

ALVARO. Rivadeneira, Chacon,
 vosotros todos, id presto;
 id á buscarla.... Llevad
 gentes, armas.... Id: no hay tiempo
 que perder.... Recorred toda
 la ciudad.... Los mas secretos
 parajes reconoced:
 no omitais de hallarla medio.
 Al que volvérmela logre,
 mi mejor villa le ofrezco.
(Vanse todos los criados.)

ESCENA V.

DON ALVARO, *solo.*

Hija mia, mi tesoro,

mi dulce amor, mi embeleso,
 ¡tú arrebatada á tu padre!
 ¡Tú robada!.... ¡Ah! Pierdo el seso.
 Cielo, ¿para qué me diste
 grandezas, bienes sin cuento,
 si á mi vejez preparabas
 tan crudo golpe funesto?
 Llévate todos tus dones,
 que solo á mi Elvira quiero.
 No puedo mas.... Aguardar
 es insufrible tormento.
 Voy yo mismo.... Sí, corramos;
 que aunque contemple mi duelo
 toda Burgos, nada importa:
 soy padre: mi hija es primero.

ESCENA VI.

DON ALVARO. PACHECO.

PACHECO. Condestable.
 ALVARO. ¿Quién me llama?
 PACHECO. ¿No me conoce el de Luna?
 ALVARO. ¡Villena! ¡Oh negra fortuna!
 ¡Infame y horrible trama!
 ¿Quién te ha conducido aquí?
 ¿Quién pudo?...
 PACHECO. ¿Quién? Mi valor.
 ALVARO. Y ¿qué me quieres, traidor?
 PACHECO. ¿Puedes ignorarlo, dí?
 Odio, furor y venganza
 respira mi corazon;
 ¿cuál puede ser mi intencion?
 Responde, ¿cuál mi esperanza?
 ALVARO. El sitio elegiste mal;
 que estás, Villena, en mi casa.
 PACHECO. A quien ira ciega abrasa
 todo sitio le es igual.
 Demas que solo te encuentro:
 fuera tus gentes estan;
 y á mi voz acudirán

- los que he dejado allí dentro.
 ALVARO. Digna hazaña de un malvado:
 asesinar á traicion.
- PACHECO. Hicíeralo con razon;
 mas desecha ese cuidado.
 Hidalgo soy: sin bajeza
 sé vengarme, aunque ofendido;
 que en mi venganza no olvido
 lo que debo á mi nobleza.
 Cuerpo á cuerpo solo quiero
 mi rencor satisfacer;
 pues traicion no he menester
 donde me basta mi acero.
- ALVARO. Y ¿osás de honor blasonar
 cuando á mi hija me robaste?
 Porque tú has sido.
- PACHECO. Acertaste;
 por mí se ha visto arrancar
 de tu lado.... Elvira es mia,
 la prometiste á mi amor:
 ¿creías que, sin valor,
 quitármela dejaría?
 Cual tu perfidia merece
 en estos momentos obro,
 y adonde quiera recobro
 un bien que me pertenece.
- ALVARO. ¿Perverso! Y ¿en tu furor
 á un padre osaste afligir?
 ¿No me podias herir
 sin causarme este dolor?
- PACHECO. Y tu vida por ventura
 ¿es bastante á mi venganza?
 El que pérfido me lanza
 en una prision oscura,
 el que ardiendo en rabia ciega
 ante una corte me humilla,
 el que de toda Castilla
 á ser ludibrio me entrega,
 ¿podrá muriendo pagarme?
 No: le quiero ver sufrir,
 verter lágrimas, gemir;

ALVARO.

quiero en su dolor gozarme.
 Goza, pues, en mi quebranto;
 gózate, bárbaro, en él;
 que porque seas crüel,
 no he de sofocar mi llanto.
 Soy padre; y harto con esto
 le digo á tu corazon:
 ten piedad; que no es razón
 darme este golpe funesto.
 Ya se humilla mi altivez:
 ¿qué mas me pide tu anhelo?
 No me quites el consuelo
 que me queda en mi vejez.
 Vuélveme á mi Elvira, sí:
 es mi embeleso, mi vida;
 recobre á mi hija perdida,
 y haz cuanto quieras de mí.
 Mis riquezas te daré,
 y el puesto que tanto anhelas;
 y si mi vista recelas,
 á un destierro marcharé;
 y en fin, por única suerte,
 déjame verla, abrazarla,
 contra este pecho estrecharla,
 y dame despues la muerte.

PACHECO.

¡Qué mal juzgaba de tí!
 Con mas valor te creia:
 lástima dame, á fé mia,
 el verte abatido así.
 ¡Vos, cuyo escelso poder
 aun á los reyes humilla,
 condestable de Castilla,
 llorais como una muger!
 ¡Vano ardid, torpe flaqueza!
 Para ablandarme ya es tarde:
 solo me inspira, cobarde,
 desprecio tanta vileza.

ALVARO.

Pues bien, desnuda el acero,
 acércate, fementido:
 si como padre he cumplido,
 como quien soy cumplir quiero.

- PACHECO. Eso quiero yo tambien.
Llegó tu postrer instante.
- ALVARO. Con ese touo arrogante
no me infundes miedo: ven;
que sed de tu sangre tengo.
(*Saca la espada.*)
- PACHECO. Beber de la tuya juro.
- ALVARO. Tu triunfo no está seguro.
- PACHECO. Veremos. (*Riñen.*)
- ALVARO. Aún sostengo
la espada con brazo fuerte.
- PACHECO. Tienes destreza.
- ALVARO. Y valor.
(*Estando riñendo se le cae á Pacheco la escarcela al suelo.*)
- PACHECO. A pesar de tu furor
espero darte la muerte.
- ALVARO. ¿Piensas que con la vejez
perdí mi antigua pujanza?
Te engañas; que aún alcanza
á humillar esa altivez.
(*Pacheco herido en la mano deja caer la espada.*)
- PACHECO. Herido estoy: ¡suerte fiera!
- ALVARO. Tomad otra vez la espada.
- PACHECO. No puedo; que traspasada
mi mano.....
- ALVARO. Tomad: ¿qué espera
vuestra arrogancia? Os advierto
vuestra vida defendais;
que he resuelto no salgais
de este sitio sino muerto.
- PACHECO. ¡Ah! ¡Mal haya mi fortuna!
(*Quiere coger la espada y se le cae otra vez.*)
¡Oh rabia! Tener no puede
mi brazo....
- ALVARO. Todo aqui cede
á don Avaro de Luna.
Muere, pues.
(*Va á herirle, cuando se oye dentro la voz de Elvira. Don Alvaro al punto se detiene, deja á Pacheco y corre en busca de su hija.*)

ELVIRA. (Dentro.) ¡Padre!
 ALVARO. ¡Qué acento!
 ELVIRA. ¡Padre!
 ALVARO. ¡Es su voz!... ¡Vedla allí!
 ¡Mi Elvira!
 PACHECO. Huyamos de aquí:
 no perdamos un momento.
 (Huye por la puerta pequeña que deja cerrada.)

ESCENA VII.

DON ALVARO. DESTÚÑIGA. ELVIRA. RIVADENEIRA.
 CRIADOS.

(Vuelve don Alvaro abrazando á Elvira. Les siguen muchos criados con armas y luces.)

ELVIRA. ¡Padre mio!
 ALVARO. Hija querida,
 mi dulce hechizo, mi bien,
 ¿con que te recobro? Ven
 contra este pecho, mi vida.
 ELVIRA. ¿Es verdad que os vuelvo á ver,
 que os abrazo, padre amado?
 ALVARO. Pero, ¿quién te ha libertado?
 ¿quién pudo?... ¿Quién ha de ser?
 Si aquí Destúñiga está,
 ¿cómo preguntarlo puedo?
 ¡Cuán agradecido quedo
 á su valor!
 DESTÚÑIGA. ¡Ah! Quizá
 fuera inútil mi ardimiento;
 que lejos ya los malvados,
 con las sombras amparados
 lograrán su torpe intento.
 Pero de Elvira á las voces
 gentes acuden... Do quiera
 los viles en su carrera
 se ven cortados. Veloces
 llegamos... Solo al mirarme
 huyen, y á mi bien liberto.

el santo yugo os espera;
mas de esta angustia tan fiero
necesito descansar.

Id, hijos míos, y en tanto
que se cumple vuestro anhelo,
vuestras plegarias al cielo
se eleven con fervor santo.

Al Dios que te ha libertado
dirije, Elvira, tu ruego....

Dejadme solo; que luego
yo marcharé á vuestro lado.

(Vanse Destúñiga y Elvira.)

ESCENA VIII.

DON ALVARO. RIVADENEIRA. CRIADOS.

(Vuelven Rivadeneira y criados.)

ALVARO. Y bien, ¿no le habeis hallado?

RIVADEN. Chacon siguiéndole va;
pero, señor, será en vano,
que es mucha la oscuridad.

ALVARO. ¡Mal haya vuestra torpeza!
¡Que así se logre escapar!

RIVADEN. Señor....

ALVARO. Marchaos de aquí;
mas esa espada os llevad,
que puede servir de prueba....

RIVADEN. También en el suelo está
una escarcela.

(Recogiendo la escarcela que se le cayó á Pacheco.)

ALVARO. Traed.

Es suya.... Aquí se hallarán
tal vez algunos papeles....

Sí.... con efecto.... Acercad
una luz.—

(Abre la escarcela y saca varias cartas, cuyas firmas va leyendo.)

Conde de Castro....
 ¡Traidor!.... Me la pagará....
 Plasencia.... Mendoza.... el de Alba....
 todos, todos.... ¿Qué dirán?
 Luego lo veré.... Mas ¡cielos!
 ¡Vivero!.... ¿Será verdad?
 ¡Vivero!.... Su letra es esta,
 su firma.... no hay que dudar.
 ¡Infame!.... Pero tal vez
 indiferente.... No tal,
 no; que cada línea aquí
 prueba en él una maldad.
 ¡Oh traicion!.... Y ¡yo abrigaba
 esa serpiente infernal
 en mi pecho!.... ¡El premio es éste
 que le daba á mi amistad!
 Ya todo está descubierto:
 por él consiguió don Juan
 romper su estrecha prision,
 por él aquí penetrar,
 y él tambien de mi hija amada
 dispuso el raptó quizás.
 Pues yo le juro al traidor,
 al infame, al desleal,
 que ha de pagar con su vida
 su pérfida iniquidad.

ESCENA IX.

DICHOS. VIVERO.

VIVERO. 6 ¡Ah! ¿Qué he sabido, señor?
 ¿Será cierto?.... ¿Qué maldad!
 ¿A vuestra adorada hija
 han intentado robar?

ALVARO. Sí, Vivero.

VIVERO. ¡Horrible crimen!

ALVARO. Muy horrible, ¿no es verdad?

VIVERO. Y ¿quién ha osado?...

ALVARO. Lo ignoro.

Tampoco Perez sabrá....

VIVERO.

¡Ah! Si lo supiera....

ALVARO.

¿Y bien?

¿Qué hariais?

VIVERO.

¿Lo dudais?

En el pecho del traidor
yo clavára este puñal.

ALVARO.

Muy bien, Vivero; que sois
mi amigo en eso mostrais.

Tampoco sabreis, supongo,
cómo pudo penetrar
no hace mucho en este sitio....

VIVERO.

¿Quién, señor?

ALVARO.

¿Quién? Mi rival.

VIVERO.

¡Villena!

ALVARO.

Villena, sí.

Tambien debéislo ignorar.

VIVERO.

¿Cómo he de saber?....

ALVARO.

Ardiendo

en ira, quiso el audaz....

VIVERO.

¿Contra vuestra vida acaso?....

ALVARO.

Sí, Vivero.

VIVERO.

Y ¿quién salvar

os pudo?

ALVARO.

Mi espada.

VIVERO.

¡Oh cielos!

ALVARO.

¿Os pesa?

VIVERO.

¿A mí? Me agraviais.

Mi afecto....

ALVARO.

Sí, lo conozco:

es mucha vuestra lealtad.

VIVERO.

Mis hechos todos la abonan.

ALVARO.

¿Quién de ella puede dudar?

Quereisme mucho.

VIVERO.

Lo debo.

ALVARO.

Me servís bien.

VIVERO.

Es mi afan.

ALVARO.

Detestais á los traidores.

VIVERO.

Es obligacion.

ALVARO.

Si dar

os mando castigo alguno....

VIVERO.

Cumpliré como leal.

ALVARO.

Pues ya podeis, buen Vivero,
vuestro celo desplegar.

VIVERO.

¿Cómo?

ALVARO.

Que aqui mismo, aqui,
hay quien me vende falaz.

VIVERO.

¿Será posible?

ALVARO.

Conozco
al traidor.

VIVERO.

¡Cielos!.... Quizás
os han engañado.

ALVARO.

No:
tengo pruebas.... ¿No es verdad
que es una infamia?

VIVERO.

Sin duda.

ALVARO.

¡Un hombre que por mi mal,
para colmarle de bienes
saqué de la oscuridad!
¡un ente vil que sin mí
hoy mendigára su pan,
y que á mi sombra ha subido
do osára apenas mirar!
¡Ese me vende!.... ¿No es cierto
que asombra tanta maldad?
Pero....

VIVERO.

ALVARO.

Decid: ¿qué castigo
le diérais vos?

VIVERO.

Yo....

ALVARO.

¿Temblais?

VIVERO.

Sí.... de horror.

ALVARO.

¿Quien es el vil
sin duda acertásteis ya?

VIVERO.

¿Yo?.... ¿Cómo?

ALVARO.

¿Quereis aún
que os muestre una prueba mas?

VIVERO.

No.... no....

ALVARO.

Leed esta carta.
¿Negareis esta señal?

VIVERO.

¡Oh Dios!

ALVARO.

Mirad: ¿conoceis
la letra, la firma?.... Hablad.

hablad.... ¿Son vuestras?

VIVERO.

¡Señor!

ALVARO.

Responded.... ¿Son vuestras?

VIVERO.

¡Ah!

(*Vivero cae confundido á los pies de don Alvaro.*)

ALVARO.

¡Traidor!.... ¿Con que mis favores de esta manera pagais?

¡Me abrazábais; y era solo para clavarme un puñal!

¡Como otro Bellido Dolfos sabeis traiciones fraguar, y al amigo, al bienhechor vender con trama infernal!

Vive Dios, que aunque os hiciere el corazon traspasar

con tantas heridas como

favores míos contais,

aun fuera poco el castigo;

que no es posible encontrar suplicios, no, que se igualen á tan negra iniquidad.

Pérfido, infame, no escondo

en tu pecho desleal

mi daga, porque no quiero

tan puro acero empañar.

Mas no por eso tu crimen

sin castigo quedará.

Uno tal te he de imponer

que á todos ha de espantar,

y mis alevos contrarios

al saberlo temblarán.

¿Ves aquella torre, ves?

desde ella á pagarme vas

tu horrible traicion. Desde ella

precipitado....

VIVERO.

¡Piedad!

ALVARO.

No, no hay piedad.... Al abismo

tu cuerpo vil bajará,

y partido en mil pedazos

le quiero allí contemplar.

Llevalde.

El pérfido nos vendia.

ELVIRA.

¡Ah! No es posible.

ALVARO.

Aqui estan
las pruebas de su traicion.
Estas cartas.

ELVIRA.

Mas quizá
son fingidas.

ALVARO.

No, que él mismo
no las ha osado negar.
Unido estaba el aleve
á mi euemigo mortal,
y en negras tramas ocultas
mi ruina intentó fraguar.
El es quien al de Villena,
procuró la libertad:
él quien antes le introdujo
en este mismo lugar;
y él es en fin, el que astuto,
con su lenguaje falaz,
del rey el antiguo afecto
ha conseguido entibiar.

DESTÚÑIGA.

Y ¿habeis dejado que vivo
salga de aquí?

ALVARO.

Si; mas va
caminando do reciba
el justo premio.—Mirad:
vedle allí.... De aquella torre
le van luego á despeñar.

(Aparecen Vivero, Rivadencira y gentes de don Alvaro en lo alto de la torre. En este instante la luna sale de entre las nubes é ilumina todo el teatro.)

ELVIRA.

¡Ah! Señor, no: perdonadle;
que es horroroso....

ALVARO.

Jamas.

VIVERO.

(Desde la torre.)
Condestable, mi suplicio
del tuyo causa será.

ALVARO.

Muere, infame; y los traidores
en tí escarmienten.

ELVIRA.

¡Piedad!

*(Elvira se arroja á los pies de su padre, el cual
vuelve la cabeza y hace una seña. Rivadeneira
y los suyos se apoderan de Vivero, y le arrojan
de la torre abajo.)*

VIVERO. ¡Ay de mi!

ELVIRA. ¡Qué horror!

ALVARO. Cumplida,

por fin, mi venganza está.—

Venid ahora, hijos míos:

venid, seguidme al altar.

ACTO CUARTO.

El teatro representa un salon de palacio. Habrá una mesa con escribanía: al lado un magnífico sillón para el rey, y al rededor taburetes para los cortesanos. Candelabros con luces.

ESCENA PRIMERA.

EL REY. SANTILLANA. JUAN DE MENA. CASTRO Y OTROS
CABALLEROS.

- REY. Sentaos, señores; y en plática grata,
los duros afanes del día olvidad:
dejando de Marte la furia insensata,
de amores y versos tan solo tratad;
que amor á las almas dió el cielo piadoso,
cual dulce consuelo de tanto dolor;
y versos inspira que en canto armonioso
la llama eternizan del fiel amador.
- MEN. Mi musa de amores los dulces placeres,
los blandos hechizos no suele cantar;
que en vez de medrosas y flacas mugeres,
á fuertes varones pretende ensalzar.
En versos robustos, con trompa sonora,
las lides relata mi altiva cancion;
y así retratando los males que llora,
les dicta á los reyes sublime leccion.
- SAN. Yo fuerte en el campo, la espada blandiendo,
procuro mostrarme cual noble adalid;
mas luego sensible la lira tañendo,
aquel de ser deajo que fuera en la lid.
Postrado á las plantas de hermosa doncella,
sus prendas celebro, pretendo su amor;
y canto gozoso mis dichas con ella,

ó lloro en endechas su fiero rigor.

REY. Amor dulces trovas, marques, os inspira:
con gusto, sabéislo, las suelo escuchar:
si nuevos cantares feliz vuestra lira
en rimas sonoras hoy supo entonar,
decidlos, os ruego.

SAN. De amor he querido
en cántiga breve la voz definir;
mas fue vana empresa: dichoso no he sido.

REY. ¿Tenéisla?

SAN. Sí tengo.

REY. Pues quiérola oír.

SANT. (*Lee.*) Falaguero sois amor;
Mas cómo seyendo así,
Cuando os afincáis en mí
Causades tanto dolor?
Que en suerte tan desigual,
A mi fé,
Si vos llame un bien non sé,
O si un mal.

Vendados ojos habedes,
E os mostrades buen flechero:
¿Cómo, pues, ciego é certero
Vos á un tiempo así seyedes?
Será porque sin razon
Doloridas,
Non facen vuestras feridas
Distincion.

Niño sois, mas poderoso,
Seyendo tal vuestra alteza,
Que á todos face igualeza,
Al mezquino é al brioso.
Ca todos á la cadena
Bien ligados,
Se quejan á vos cuitados
De su pena.

E yo tambien sin ventura,
En vos buscando placer,

Fallé solo padeseer,
Coita en lugar de folgura.
Non seyades de esa suerte
Tan esquivo:
El bien me dad por quien vivo,
O la muerte.

REY. Sentido es el verso: marques, me habeis dado
con esta lectura muy grato placer;
mas solo el concepto paréceme errado.

SAN. Señor, ¿por qué causa?

REY. Que se halla á mi ver
la culpa en el hombre del mal que padece.

¿Amor preferencia no quiere decir?

Mugeres diversas el mundo le ofrece:

¿por qué, pues, entre ellas no sabe elegir?

SAN. Amor preferencia decir quiere, es cierto;
mas siempre no elije para ella en verdad;
pues tiene el que elije voluntad advierto,
y no hay en quien ama jamas voluntad.

REY. ¿Quién, pues, se la roba?

SAN. Cupido la quita.

REY. ¿Robársela puede si Dios se la dió?

SAN. Será que en tal caso quitarla permita.

REY. ¿Pues dióselo en vano?

SAN. Señor, eso no.

REY. Al dársela dijo que libre seria.

SAN. Voluntad sin eso no fuera jamas.

REY. ¿A un tiempo ser libre y esclavo podria?

SAN. Decir que no es dable será por demas.

REY. Pues bien, si el ser libre voluntad implica,
y el serlo y no serlo decis que es error,
que aquella subsiste mi argumento indica.

SAN. Fuerza es confesarlo: vencisteis, señor.

MEN. De ingenio su alteza do quiera hace alarde.

CAS. Castilla celebra su vasto saber.

REY. Ya basta, señores.... Mas ¿cómo tan tarde
el buen condestable se deja hora ver?

Tampoco Vivero se encuentra....

(Ruido dentro de gentes.)

¿Qué es esto?

¿Qué ruido?...

SAN. (*Mirando hacia dentro.*)

Gran golpe de gente....

REY.

Mirad.

El alma me dice que un caso funesto....

SAN. A verlo corramos.

REY.

Sí, pronto marchad.

(*Al quererse marchar varios caballeros, sale Pacheco precipitadamente.*)

ESCENA II.

DICHOS. PACHECO.

REY.

¿Qué veo? ; Don Juan Pacheco!

SANTILLANA.

¿Aquí Villena!

REY.

¿Qué audacia!

PACHECO.

¿Qué os asombra? Sí, yo soy: señor, vedme á vuestras plantas.

REY.

Alzaos.... ¿Qué me quereis?

PACHECO.

Justicia.

REY.

Y ¿á provocarla venis vos?

PACHECO.

Sí, la provocho cuando un crimen la reclama.

REY.

¿Un crimen!

PACHECO.

¿Crimen horrible, que espanto el oírlo causa!

REY.

¿Cuál es!

PACHECO.

Un criado vuestro de lealtad acrisolada, un ministro que os sirviera por luengos años sin marcha, Perez de Vivero, en fin....

REY.

¿Y bien?

PACHECO.

De espirar acaba.

REY.

¿Ha muerto!

PACHECO.

Sí, asesinado.

TODOS.

¿Asesinado!

REY.

¿Oh desgracia!

Y ¿quién ha sido?....

PACHECO.

¿Qué muerte!

¡Horrible, atroz!.... Recordarla
no puedo sin que la sangre
quede en mis venas helada.
Desde una elevada torre
le ha lanzado vil venganza,
y en su espantosa caidá
el triste ha exhalado el alma.
¡Qué horror!

TODOS.

REY.

No es posible, no.

PACHECO.

¿Quereis la prueba mas clara?
Miradle.

*(Le lleva hácia la puerta por donde ha entrado,
fuera de la cual se supone estar el cadáver de
Vivero.)*

REY.

¡Cielos! ¡Él es!

• ¡Su cadáver!.... ¡Ah! Me espanta
esa vista.... Es horrorosa.
De mis ojos apartadla.

SANTILLANA.

¡Oh maldad!

REY.

¡Triste Vivero!

De vengarte doy palabra.

PACHECO.

¿La cumplireis?

REY.

Sí, lo juro.

Pero decid: ¿quién osárá....

PACHECO.

¿Quién ha de ser? El que todo
en Castilla lo avasalla:
el que usurpando atrevido
la autoridad soberana,
hora señor absoluto
de vuestros reinos se aclama:
el que envanecido y loco
con el poder que hoy alcanza,
las haciendas y las vidas
á su placer arrebatá:
el condestable, señor.

REY.

¡Don Alvaro! ¡Infame trama!
Me engañais.

PACHECO.

Señor, lo juro.

Cerca de su albergue estaba,
cuando gritos espantosos
del aire turban la calma.

Alzo los ojos, y al brillo
de la luz que arroja escasa,
la luna que de entre negras
nubes entonces se escapa,
miro al infeliz Vivero
que allá en las almenas altas
entre bárbaros sayones
desesperado batalla.

¡Vanos esfuerzos! Los viles
á su víctima levantan
con fuertes brazos, y al hondo
abismo airados le lanzan.

¡Ay! casi vino á caer
el infeliz á mis plantas.

REY. ¡Crimen atroz!.... Mas no es cierto:
no cabe, no, maldad tanta
en don Alvaro.... ¿Su amigo
no era Vivero?.... ¿Qué causa?....

SANTILLANA. No hay amistad en el pecho
que la negra envidia abrasa.
Vivero fiel os servia,
para perderle eso basta.
¿No habeis visto al condestable,
en su funesta privanza,
de vos constante apartar
á cuantos justa la fama
por su lealtad y valor
entre los buenos ensalza?
¿Hay un rico-hombre por dicha
que su furor no probára?
¡Cuántos en prisiones gimen!
¡Cuántos dieron su garganta
á infame verdugo! y ¡cuántos
en tierra estrangera vagan!
Pues ¿cómo dudar podeis
que á ese infeliz hoy matára?

PACHECO. No hay duda: á jurarlo vuelvo.
yo presencié su desgracia;
y otros ciento á par conmigo
la presenciaron.... Reaiga
sobre el infame asesino

tanta sangre derramada.
 ¡Ah! Señor, ¿á qué aguardais?
 Mil y mil víctimas alzan
 hácia vos desde la tumba
 su voz pidiendo venganza.
 ¿Sereis sordo á sus clamores?
 ¿Podreis mas tiempo negarla?
 ¿O esperareis para hacer
 justicia á que todos caigan,
 y de nosotros no quede
 ni aun memoria?... Las miradas
 volved de nuevo, volved,
 á ese infeliz... ¿Veis su infausta,
 su horrible suerte?... Pues bien,
 esa misma nos aguarda.
 Asi ños vereis á todos,
 á todos... ¡Oh negra infamia!
 ¡Oh torpe baldon!... Si está
 nuestra muerte decretada,
 aqui mismo en nuestros cuellos
 caiga del verdugo el hacha,
 Corra nuestra sangre toda,
 mas siendo vos quien lo manda.

REY.

PACHECO.

¡Ah! Callad; que con mil tiros
 me estais traspasando el alma.
 Nobles somos, nuestras vidas
 queremos perder sin mancha;
 y si es preciso morir,
 muramos por el monarca.
 ¡Por el monarca! ¿qué digo?
 ¿Adónde en Castilla se halla?
 ¿Hay rey en Castilla? No,
 no le hay.

REY.

PACHECO.

¡Marques!
 Me arrebatá
 el dolor... ¡Ah! Perdonadme:
 un fiel vasallo es quien habla,
 y acaso le hace atrevido
 la lealtad que 'el pecho abrasa.
 Monarca tiene Castilla,
 es verdad, de eterna fama,

grande, noble, generoso,
 que todos por sabio ensalzan;
 mas al amor de sus pueblos
 hoy un pérfido le arranca.
 En vano os busean, señor:
 do quier sus pasos ataja
 la mano osada y funesta
 que de ellos constante os guarda.
 Cual nube que oculta el sol
 don Alvaro se adelanta,
 y vuestros rayos divinos
 de quien los contempla aparta.
 ¿Qué mueho que con envidia
 haga guerra á quien le iguala,
 si aun siendo vos su señor,
 vuestras glorias soberanas
 le ofenden, y al mismo trono
 lleva atrevido su planta?
 ¿Os buscan? Solo á él se encuentra.
 Él solo acude si os llaman.
 Mandais, y nadie obedee
 si él á la par no lo manda;
 y mientras todo en el reino
 su cólera lo anonada,
 vuestras divinas bondades
 á nadie, señor, alcanzan.
 Para ser rey, la corona
 ya solamente le falta;
 y ¿quién sabe si ambicioso
 se propone arrebatarla?
 ¡Arrebatarla! Primero
 su muerte....

REY.

PACHECO.

Si aun mueho tarda,
 no será tiempo.... Miradle,
 miradle desde la infancia
 unido á la suerte vuestra
 como maléfica planta
 que sembrára el mismo infierno
 para ahogaros con sus ramas.
 Si libre vivir queréis,
 necesitais arrancarla.

Señor, destruid al mónstruo
que contino os amenaza :
ved que si hoy no le matais,
él os matará mañana.

REY.

¡Ah! Cesad.... No digais mas;
que mil temores asaltan
mi corazon, y.... Dejadme,
salid.

PACHECO.

Pero, señor....

REY.

Basta.

Salid os digo.... Haré cuanto
hoy mi dignidad reclama.

ESCENA III.

EL REY, *solo*.

«Ved que si hoy no le matais,
él os matará mañana.»

Estas palabras aqui
se me han quedado enclavadas,
y siento que el corazon
se estremece al recordarlas.

¿Será cierto que el maestro?....

No, no cabe tal infamia
en quien tantos años dió
de lealtad pruebas claras.

¡De lealtad!.... Y ¿es leal
el que en su ambicion insana
un tiránico poder

de su rey á espensas labra,
y hace que brille el vasallo
despareciendo el monarca?

No lo es, no; que es traidor.

¡Traidor!.... Y ¿por qué?.... Si hoy alza
su frente tan orgullosa;

si sus riquezas son tantas;

si á par de su rey, en fin,

mis reinos todos le acatan,

¿quién lo quiso? ¿No eres tú,

débil don Juan?.... ¿No arrojabas

ha poco sobre su frente
 con profusion insensata
 puestos, títulos, honores,
 como en los surcos que traza
 el rústico labrador
 los granos de trigo lanza?
 Pues ¿por qué al ver el coloso
 que tú formaste te espantas?
 ¿Te asombras de su poder?
 ¿Lo temes?... ; Alma apocada!
 Ese poder ¿no es el tuyo?
 ¿No es tu sombra? ; No reparas
 que si es para los demas
 mucho, para tí no es nada;
 y que esa torre orgullosa
 que tan alto se levanta,
 semejante á los castillos
 que forma el niño con cartas,
 solo á un leve soplo tuyo
 al punto se desbarata?
 Pues si eso sabes, ¿por qué?...
 ; Ah! Bien sé que es sombra vana;
 pero esa sombra ni un punto
 del lado mio se aparta.
 Diez lustros ha que me sigue,
 que me acosa, me avasalla,
 y sin poder resistirlo,
 tiemblo tan solo al mirarla;
 que para mi mal un genio
 fascinador la acompaña.
 Y qué, ¿siempre he de sufrir
 de un vasallo la arrogancia?
 ¿Será que el rey obedezca
 mientras el súbdito manda?
 No: me es fuerza ya salir
 de esta esclavitud tan larga,
 tan vergonzosa... Me ofende,
 me es insufrible, me causa.
 Mostremos por fin al mundo
 que sé obrar como monarca:
 fulmine el rayo mi mano,
 :

y el privado infame caiga....

(Toma una pluma.)

¿Qué voy á hacer? ¿A mi amigo,
mi compañero de infancia;

al que de riesgos sin fin
valeroso me salvára;

al que sostuvo el decoro
de mi trono en lides tantas!....

No, que fuera ingratitud;

(Arroja la pluma.)

no consiento en mí tal mancha.

Vive, vive, condestable....

Mas ¡ay! ¡qué recuerdo! ¡Oh rabia!

La sombra allí de Vivero

se presenta destrozada,

deshecho el rostro, sangriento,

rotos los miembros.... Venganza....

venganza pide.... ¡Infeliz!

Sí, la tendrás.... Juré darla:

lo cumpliré; que es justicia,

no ingratitud.—Ola, guardias.

(Sale un oficial de la guardia.)

OFICIAL.

Señor.

REY.

¿Se encuentra Destúñiga
ahí?

OFICIAL.

De llegar acaba.

REY.

Pues decidle que entre al punto.

(Vase el oficial.)

Vamos, valor.

(Se sienta y escribe.)

ESCENA IV.

EL REY. DESTÚÑIGA.

DESTÚÑIGA.

¿Qué me manda
vuestra alteza?

REY.

En este pliego
os doy órdenes: sin falta
han de quedar esta noche,
Destúñiga, ejecutadas;

ó de ellas responderá
vuestra cabeza mañana.
(*Le da un papel y vase.*)

ESCENA V.

DESTÚÑIGA, *solo.*

¡Oh cielos! ¿Qué será? ¿Por qué mi mano
se estremece al tomar?... Como una losa
pesa este pliego.... ¡Santo Dios!.... Parece
que funesto ha de ser lo que me imponga.
Airado el rey me habló, y en el semblante
ví vagar del furor las negras sombras.
Mas ¿para qué me canso? El pliego tengo,
él me debe sacar de esta zozobra.

(*Lec.*) «*Don Alvaro Destúñiga, mi alguacil mayor:
yo os mando que prendais el cuerpo á don Alvaro
de Luna, maestre de Santiago, y si se defendiese,
que le matéis.*» = *Yo el rey.*» (1)

¿Qué es esto?... ¿Qué he leído?... ¿Será cierto?
Sí... no hay duda.... lo es.... ¡Orden odiosa!
Y ¿á quién la dan?... ¡A mí!.... ¡Cuando mi suerte
de uir acabo á la de Elvira ahora!
Y ¿yo á su padre he de prender!... ¡Ah! Nunea:
fuera aleve traicion, fuera deshonra.
Pero lo manda el rey: cual fiel vasallo
obedecerle debo.... Y ¿qué me importa?
Si aqui negra traicion sus redestiene,
me ordena el cielo que leal las rompa,
en trance tan fatal salvando á un tiempo
la vida al uno, al otro la corona.
Sí, corramos.... Es fuerza al condestable
su peligro advertir antes que pongan
obstáculo á su marcha.... Voy.... ¡Oh cielos!
Él es.... No es tiempo ya.

(1) Histórico.

ESCENA VI.

DESTÚNIGA. DON ALVARO.

- ALV. ¿Por qué tan solas
estas salas encuentro? ¿Cuál motivo
puede hacer que de mí todos se escondan?
Destúniga, decid.
- DES. Huid, maestre.
- ALV. ¡Huir!
- DES. Huid, os digo.
- ALV. ¿Yo?
- DES. Ni un hora
esteis en Burgos ya.
- ALV. Mas ¿qué misterio?...
- DES. Si un punto os deteneis, temblad.
- ALV. Me asombra
ese lenguaje en vos.
- DES. ¿No habéis oído?
¿A qué aguardáis? Huid.... Con fuga pronta
de mí mismo os librad.
- ALV. ¡De vos! ¿Acaso
puedo temer de vos?
- DES. Sí, mas que todas
evitad mi presencia.
- ALV. Ya me cansa....
Explicaos por fin.
- DES. ¡Ah! Que mi boca
no acierta....
- ALV. Hablad, hablad... De aquí no salgo
si vos antes....
- DES. Pues bien, vuestra persona
me manda el rey prender.
- ALV. ¿A mí?
- DES. Hora mismo.
- ALV. ¡Ah! No es posible.... Delirais.
- DES. Tan loca
confianza desechad.... Ved este pliego.
- ALV. ¿Qué miro?... No.... Mi vista se equivoca.
Leamos otra vez.... Sí.... sí..., no hay duda.

¡Cielos! ¿Con que es verdad?

(*Se deja caer abatido en un sillón.*)

DES. Todos ignoran
tan terrible mandato.... Yo tan solo....
Marchad: para salvaros tiempo os sobra.
No tardeis.

ALV. Rey don Juan, ¿es este el premio
que á mi lealtad le das?... Servir con honra
tantos años.... Salvar de mil peligros
tu vida y libertad.... Cuando destrozan
opuestos bandos tu infeliz imperio,
afianzar tu poder con la victoria...
¿Este vil galardón de tí merece?
¡Oh fiera ingratitud!

DES. Negra, horrorosa.
Ella rompe, señor, el vasallage
que jurado le habeis.... Pues bien, conozea
que su vano poder se hunde en el polvo
si el brazo retirais en que se apoya.
Teneis riquezas y castillos fuertes,
y fieles servidores que os adoran,
vasallos que por vos en noble lucha
harán gustosos que su sangre corra....
¿A qué aguardais? Marchad. Sin perder tiempo,
de oscura noche aprovechad las sombras;
juntad vuestros parciales; que las armas
al nuevo sol relumbren vengadoras;
y probad que esa espada irresistible,
si á los reyes sirvió, también los doma.

ALV. ¿Qué me osais proponer?

DES. Lo que aconseja
vuestra fama..., el valor.... ¿En tal deshonra
pudiérais consentir?... El que su frente
muestra cercada de esplendor y gloria,
¿hora la humillará con torpe mengua,
al peso de cadeua vergonzosa,
ó morirá tal vez en vil cadalso,
mientras triunfantes sus contrarios gozan?
No.... Primero morir.... Muramos todos
defendiendo una causa tan hermosa:
muramos todos; y á lo menos quede

de tan notable hazaña la memoria.
A las armas, señor; que quien os diera
en Olmedo y Medina la victoria,
de este nuevo peligro que os amaga,
á salvo os sacará tambien ahora (1).

ALV. Destúñiga, callad.... Ved que atrevido
ese lenguaje criminal me enoja.
¡Yo traidor á mi rey! ¿Lo habeis pensado?
¿Cómo, en qué tiempo de mi vida toda
os he dado ocasion á que esa infamia
creyérais vos de mí?.... Cuando ya toca
este anciano infeliz la tumba oscura
tras luengos años de poder y de houra,
¿comprar un resto de vivir podria
con tan negro baldon, tan fea nota?
Dios no permita que á mis hijos deje
del que contra su rey las armas toma
é infiel combate su peudon sagrado,
la vil manecilla que jamas se borra.
Nunca.... Al rey, mi señor, todo lo debo:
su querer es mi ley.... Si le acomoda,
cual me pudo elevar, puede abatirme (2);
y hallaudo siempre en mí sumision pronta,
entrégome en sus manos; que tan solo
esto hacer debe quien su ley adora.

DES. Ved que os perdeis, señor.

ALV. Mi honor lo gana.

DES. Y ¿si un cadalso?....

ALV. Vivirá mi gloria.

DES. ¿Quedareis sin venganza?

ALV. Harta venganza
es con tan débil rey mi muerte sola.

DES. Vuestros contrarios triunfarán.

ALV. Bastante
el polvo de mis pies besó su boca.

DES. ¿Por qué su ejemplo no imitais? Mil veces
del fuero usando que el rico-hombre invoca,

(1) Histórico.

(2) Idem.

vióseles el pendon alzar osados
que refrena el poder de la coroua;
y luchando....

ALV. Y ¿porque ellos son traidores,
yo he de serlo tambien? No: la grande obra
en que mi vida entera se empleára
no verán que en mis manos se desploma.
Nulo el régio poder y combatido,
naufragaba sin fuerza entre las olas
de un agitado mar: á sostenerlo
acudí con mi mano vigorosa;
y triunfante por mí, ya de sus ruinas
alza la frente y el valor recobra.
Si ingrato ese poder, á quien le diera
su altiva robustez hora destroza,
pues muestra en ello que mi fin logróse,
su fallo venerar solo me toca.

DES. Pero....

ALV. No mas, Destúñiga: la orden
me habeis mostrado ya: respetuosa
mi boca besa tan sagrado signo.
Tomad: vuestro deber cumplid ahora.

DES. ¡Ah! Que no puedo.

ALV. Obedceed.

DES. Mi padre
miro, señor, en vos; y en horrorosa
prision no os sumiré.

ALV. No es hijo mio
quien traidor á su rey mi ira provoea.

DES. Pues bien.... si lo quereis.... sea.

ALV. Mi espada
es esta: yo os la entrego.

DES. Arma gloriosa,
solo aceptarte de rodillas debo.

(Se arrodilla para recibir la espada.)

ALV. Hijo mio, guardadla si me inmolan.

DES. ¡Noble herencia! Tal vez de tí servirme
el mundo un dia me verá con honra.

ESCENA VII.

DICHOS. PACHECO. CABALLEROS. GUARDIAS.

PAC. Yo os digo que Destúñiga nos vende.
Venid: su infamia prevenir importa.
Ved al de Luna allí.... Prendedle luego.

DES. Atrás.... nadie se acerque.

PAC. Traidor, ¿osas
del rey así las órdenes sagradas
alevoso infringir?

DES. No, te equivocas;
que cumplidas están.... Mi prisionero
es el maestro ya; mas su custodia
á mí, tan solo á mí, su alteza fia:
para dar cuenta de él conmigo sobra.
Condestable, venid.—Paso, señores:
del hombre grande respetad la gloria.

*(Vase con don Alvaro abriéndose paso por entre
los guardias.)*

ACTO QUINTO.

El teatro representa una gran sala de la casa que sirve de prision á don Alvaro. En el fondo una ancha ventana gótica que, abriéndose, deja ver la plaza de Valladolid. A la derecha del actor una puerta que conduce fuera del edificio. A la izquierda otras dos puertas: una en el fondo que supone guiar á las piezas interiores, y otra al proscenio que es la del cuarto de don Alvaro. Una mesa y encima un reloj de arena.

ESCENA PRIMERA.

DON ALVARO. MORALES.

(Don Alvaro está sentado junto á la mesa, la cabeza reclinada en la mano, y durmiendo.)

MORALES. ; Oh cuán tranquilo reposa!
¿ Quién al verle no creyera
que el dulce placer le espera
en vez de suerte horrorosa?
Porque ese, en tan triste suerte,
su postrer sueño será;
y en breve le seguirá
; ay! el sueño de la muerte.
Allí el cadalso se eleva
á su víctima esperando,
y ya el pueblo allí gritando
se goza en vista tan nueva.
Ni aquel bárbaro gritar,
ni aun el martilleo horrible,
ese dormir apacible
han conseguido turbar.
Inalterable, sin miedo,

¡ con qué pureza respira!
 ¡ Ah! ¡ Qué respeto me inspira!
 Postrado á sus plantas quedo.

(Se arrodilla delante de don Alvaro y le besa la mano. Don Alvaro se despierta.)

ALVARO. ¿Quién es?... ¿Eres tú, hijo mio?
 ¿Qué haces ahí?

MORALES. Contemplaba
 vuestro rostro y le adoraba.

ALVARO. ¡ Ah! Deja ese desvarío.
 A Dios solo has de adorar.

MORALES. El que es de virtud modelo,
 su imágen muestra en el suelo.

ALVARO. Virtud no debes llamar
 á lo que estás viendo en mí:
 amarle es ser virtuoso;
 y siendo yo poderoso
 hartas veces le ofendí.
 Si él es fuerte, tambien sé
 que es bueno; y yo, por mi mal,
 aspirando á ser su igual,
 su bondad nunca imité.

MORALES. Pero ¿no es él quien os da
 esa calma, ese valor?

ALVARO. La muerte infunde temor
 á quien de ella incierto está;
 mas si se muestra segura,
 disípase el ruido vano,
 y á los ojos del cristiano
 no espanta, no, su figura (1).
 Pronto á recibirla estoy.

MORALES. Si puede ser admitida
 por vuestra vida mi vida,
 señor, gustoso la doy.

ALVARO. ¿Qué dices, necio? ¿No ves
 que el cambio no fuera igual?
 ¡ Tú en el albor matinal
 de la vida! ¡ Yo, al revés,

(1) Histórico.

tronco viejo y carcomido
que el tiempo ya destruyó,
y que condenado ó no,
mañana habrá perccido!

A tí dilatados dias
de amor y esperanza llenos
te quedan, dulces, serenos,
entre glorias y alegrías:
á mí un escaso vivir
que atormentára el dolor,
de cuyo fiero rigor
solo el remedio es morir.

Bella flor, la patria en tí
opimos frutos espera:
yo terminé mi carrera:
cuanto puedo ya le dí.

MORALES.

Y ¿qué podré hacer por ella,
señor, si pierdo mi guia?
Porque solo en vos veia
mi fiel modelo, mi estrella.

Fijos los ojos en vos,
vuestros hechos estudiaba:
ser sombra vuestra anhelaba;
esto le pedia á Dios.

ALVARO.

Pídele solo, hijo mio,
que en tí conserve esa llama
que en santa virtud te inflama
é infunde tan noble brio:
entonces no quieras ser
sino lo que te hizo el cielo;
que de virtud el modelo
en tí mismo podrás ver.
Mas si mi recuerdo acaso
de algo te puede servir,
quiero dejarte al morir
un don.

MORALES.

¡Un don!

ALVARO.

Será escaso:

no puede mas mi amistad;
si tuve bienes sin cuentò,
hoy hasta mi enterramiento

deberé á la caridad.
Este auillo.

MORALES.

Muchomas
le aprecio que si me diera
su trono el rey.

ALVARO.

Quando muera
á don Juan le enseñarás;
que él solo decirte puede
la virtud que encierra en sí.

MORALES.

Siendo vuestro, para mí
su valor á todo escede.

ALVARO.

Al darte el último adios
tendraslo: guardarlo quiero
hasta mi instante postrero.

MORALES.

¡Ah! Entonces.... ¡Cielos!.... ¡Las dos!

(*Dan las dos en un relox de torre.*)

ALVARO.

¿Por qué te turba el sonido
de esa campana?

MORALES.

Me advierte
que solo hasta vuestra muerte
falta un hora.

ALVARO.

Prevenido
estoy: bien puede venir
cuando quiera.

MORALES.

El rey mandó
que al dar las tres el reló
el verdugo os ha de herir.

ALVARO.

Aqui es ley su voluntad.
Vuelve ese relox de arena:
contemplaré con serena
vista cual la eternidad
se va acercando... Está bien.
Ahora algunos instantes
déjame solo.... Pero antes
que marche al suplicio, ven.

(*Vase Morales.*)

ESCENA II.

DON ALVARO, *solo.**(Mirando el reloj de arena.)*

Arena que sin sentir
 tan callada vas pasando,
 contigo veloz llevando
 mi fugitivo existir:
 lo que resta á mi vivir
 mido ya en tí con certeza;
 pues con bárbara presteza,
 á impulsos del hado insano,
 al caer tu último grano
 caerá tambien mi cabeza.

Caerá, cuando alzaba al cielo
 mas orgullosa mi frente,
 cuando con planta insolente
 pisaba el vencido suelo.

A tanto remonté el vuelo
 en alas de la ambicion,
 que en tan alta elevacion
 cercano el sol me abrasára.

¡Que la suerte me faltára
 sobrándome corazon!

¡Morir! ¿Qué importa la muerte
 cuando con gloria se alcanza,
 si viene en pos de una lanza
 vibrada por mano fuerte?

Morir debí de esa suerte,
 que fuera honroso morir;
 ¡mas esta infamia sufrir,
 yo que de grande blasono!
 ¡Debiendo subir á un trono,
 á un vil cadalso subir!

Y qué, ¿el lustre de mi fama
 el cadalso empañará?

No, que antes él brillará
 con la luz que ella derrama.

Mas ennoblece que infama

al que es de virtud ejemplo;
y si hora en él me contemplo,
tal vez la posteridad,
obrando con equidad,
hará que se cambie en templo.

Porque en mis hombros robustos
sostuve leal el trono,
guardándolo en su abandono
de contrarios mil injustos.
Débil, sin gloria, entre sustos
yo le di fuerza y quietud;
y un dia con rectitud
la historia á los dos juzgando,
mi lealtad ensalzando,
culpará su ingratitude.

Mas lejos ya tal locura:
grande fui, pequeño soy;
y solo pensemos hoy
en otra mayor ventura.
Sí, que en la celeste altura,
si alcanzarla merecí,
grande seré como aqui;
y esta grandeza falaz,
si en el mundo es tan fugaz,
pura, eterna será allí.

ESCENA III.

DON ALVARO. EL REY. MORALES. *Luego* PACHECO.

(Salen el rey y Morales con misterio por la última puerta de la izquierda. El rey estará embozado en una eapa. Despues de dichos los primeros versos, Morales se marcha. Pacheco no sale hasta mediada ya esta esecna, embozado tambien, y se retirará hácia el fondo, procurando no ser visto del rey y de don Alvaro, y observándolo todo.)

MOR. Vedle allí.—Condestable.

ALV.

¿Quién?... ¡Fernando!

¿No te dije?...

MOR. Señor... Hay quien os busca,
y hablaros quiere.

ALV. ¿Dónde está?

MOR. (Señalando al rey.) Miradle.

ALV. ¿Quién es?

REY. Yo soy. (Desembozándose.)

ALV. ¡Señor!... ¡Vos!

REY. ¿Qué te asusta?

Don Alvaro, yo soy.

ALV. ¡Mi rey!

REY. Tu amigo.

ALV. ¡Mi amigo!

REY. Sí... lo soy... Qué, ¿por ventura
puedes dudarlo?

ALV. ¿Yo?... Ved do me encuentro,
y luego responded.

REY. ¡Así me acusas!

¡Ingrato! ¿Cuándo mi amistad sincera
por tí se desmintió?... Si la ley dura
que ata á los reyes al pesado yugo
de agena voluntad, la muerte tuya
me obligó á decretar, ¿piensas que quiero
que esa sentencia bárbara se cumpla?

No, que mis labios pronunciar anhelan
ansiosos tu perdon; y mi ternura
solo aguardaba que tu humilde ruego
hoy llegára á mis pies... En tristes dudas
los momentos pasaban... Cada ruido
que en inquieta atencion mi oido escucha,
de ese ruego ¡ay de mí! tan anhelado
pienso que el grato portador me anuncia.
¡Inútil esperar! La hora se acerca...
Nadie parece... La amistad me impulsa...
Ya no puedo esperar... Parto; y yo mismo
soy quien vengo á rogarte en tal angustia.

ALV. ¿Qué escucho? ¿Aun me quereis?

REY. ¿Qué mayor prueba?

ALV. Entonces sin pesar bajo á la tumba.

No era el cadalso vil, no era la muerte,
el mayor de los males que me abruma:

era vuestro furor: solo esta idea heria el corazon con flecha aguda.

REY. ¿Tan crüel me juzgabas, tan ingrato, que pudiste creerlo? ¿Tal injuria hacías á tu rey? ¿Pensaste acaso que yo firmara tu sentencia injusta, si á firmar tu perdon ya no estuviera tambien resuelto con la misma pluma? ¿Nada tu pecho te decia, nada? ¡Ah, que esa duda en tí no tiene excusa!

ALV. Os engañais, señor.... Bien lo sabia: jamas vuestra clemencia puse en duda; y aun cuando en vuestro amor no confiara la prenda que aqui veis me la asegura.

(*Le enseña el anillo que recibió en el primer acto.*)

REY. ¿Mi anillo?

ALV. ¿Os acordais?

REY. Sí, bien me acuerdo.

Prenda de mi amistad que fiel te escuda contra mi saña atroz.... Pues si la tienes, ¿cómo á usar de ella, dí, no te apresuras?

ALV. Y ¿á qué quiero un perdon que me condena á ser del vulgo vil desprecio y burla? Para el fuerte varon la vida acaba donde acaba el honor.

REY. Y ¿te figuras que lo has perdido?

ALV. Sí: sobre mi frente sentencia que mil crímenes me imputa grabada quedará.

REY. Borrarla puedo.

ALV. No devuelve la honra quien indulta. Decid: ese perdon tan ponderado, ¿veníslo á dar sin condicion ninguna?

REY. Que lo pidas no mas... Esto le debo á mi alta dignidad.

ALV. Quereis, en suma, mi humillacion, señor.

REY. ¿Quién humillarse ante su rey, don Alvaro, rehusa?

ALV. No lo rehuso yo. Mandad que al punto

con ese polvo que pisais confunda
 mi frente; así lo haré.... Mas no, no puedo
 aceptar de traidor la horrible culpa
 ¿Queréisme perdonar cual se perdona
 á delincuente vil que se apresura
 á trocar una muerte que le espanta
 por la infamia que imbécil no le turba?
 ¿No hay acaso mas bienes que la vida
 para hombres como yo?... Mirad la altura
 do subiera algun dia; esa grandeza,
 ese poder cuyo esplendor circunda
 mi pasado existir; bienes son esos
 á que solo muricndo se renuncia.
 ¿Me los devolvereis? No; que, cual vasos,
 de los reyes las míseras hechuras,
 pucden, cuando se rompen, reemplazarse,
 pero á su antiguo ser no vuelven nunca.
 Si no me es dado ser lo que antes fuera,
 ¿qué aguardo ahora de la suerte adusta?
 ¿A qué vivir, á qué? ¿A ser escarnio
 de aquellos mismos que en mejor fortuna
 miraba yo á mis pies? ¿A que esos nobles
 que logré sujetar á la coyunda,
 de su antigua opresion se venguen fieros,
 mi cuello atando con cadena dura?
 No, primero morir: quien tanto ha sido
 no penseis que á ser nada se reduzca;
 y á tal humillacion, á tal infamia,
 no encuentro mas refugio que la tumba.

REY. Húndete en ella, pues; y hunde contigo,
 ingrato, mi poder y mi ventura.
 ¿Ah! ¿Qué será de mí si me abandonas?
 ¿Do una mano hallaré que me conduzca
 del difícil reinar por la árdua senda,
 y el cetro tenga que mi mano abruma?
 ¿Dónde un amigo que en mi triste suerte
 valor, consuelo y esperanza infunda;
 cuyo pecho mis males compadezca,
 cuyo acento disipe su amargura?
 Contino allá con mi grandeza á solas,
 nadie habrá que mis tédios interrumpa;

ni donde vuelva los dolientes ojos,
 quien á secar sus lágrimas acuda.
 Buscaré de mi vida al compañero;
 al que cual padre me arrulló en la cuna;
 al que á domar un potro en la carrera
 me enseñó y á blandir la asta robusta;
 al que mas tarde en las sangrientas lides
 á mi trouo prestó su fuerte ayuda;
 y no le encontraré.... Veré tan solo
 su ensangrentada imágen furibunda,
 en torno mio sin cesar vagando,
 que de su muerte bárbara me acnsa.

ALV. ¡Ah! ¿Qué decís?... Callad.... Cada palabra
 abre en mi corazon llaga profunda;
 y cuando he menester mas fortaleza,
 no hagais ¡oh cielos! que el valor sucumba.
 Harto lo sé.... Es verdad.... La muerte mia
 funesta os debe ser.... Hoy se sepulta
 en un mismo sepulcro á par conmigo
 el régio honor de vuestra frente augusta,
 y aun de los reyes de Castilla todos
 se hunde también la mísera fortuna.
 Al caer mi cabeza alzarán fieros
 los turbulentos próceres la suya,
 y con furia mayor, antiguas guerras
 renovarán en crímenes fecundas.

¡Ah! Ya los miro que ambiciosos corren,
 y en revueltas sin fin á España turban,
 y altivos nombran y deponen reyes,
 y su alta dignidad torpes insultan,
 y haciendo escarnio de corona y cetro,
 en su eterno baldon el poder fundan.

REX. Pues si eso sabes, dí, ¿por qué me dejas?
 ¿por qué, insensato, tu perdon rehusas?

ALV. ¿Por qué rompisteis vos el fuerte apoyo
 que os diera el cielo en su indulgencia suma?

REX. ¿No respiras aun?

ALV. Pero sin fuerza.

Quien descende cual yo de tanta altura
 no vuelve á levantarse; ó bien del trono
 sobre las ruinas su ambicion le encumbra.

REY. ¿Qué es lo que osas decir?

ALV. Ya entre nosotros
ni confianza, ni amor puede haber nunca.
Yo temeré que renoveis la ofensa,
vos que yo trate de vengar la injuria.
Sin mi antiguo poder vivir no quiero:
teniéndolo, tal vez.... ¡Ah! Mucho ofuscan
la ambición, el rencor.... Dejad que muera:
no espongois mi lealtad á pruebas duras,
que es el morir el único servicio
que os puede ya prestar hoy el de Luna.

REY. Marcha, pues, á morir, pues tú lo quieres,
Como amigo cumplí: fuerza es que cumplá
ahora como rey. Vé, desdichado;
de mi triste mirar luego te oculta.

ALV. Adios, señor, adios.

REY. ¿Qué haces?... ¡D. Alvaro

ALV. Señor.... ¿qué me mandais?

REY. ¿Tú lo preguntas? !

¿Así te apartas de tu antiguo amigo?

ALV. No osaba....

REY. Ves mis lágrimas, y ¿dudas?

ALV. ¡Ah!.... Ya muero contento. (*Se abrazan.*)

REY. ¡Horrible suerte!

¡Triste afán del reinar!.... No.... mi ternura
no permite....

ALV. ¿Qué haceis?... Señor, calmaos:
considerad quien sois... No tiene excusa
esta flaqueza en vos.... Adios; y el cielo
en su bondad os colme de venturas.

(*Se arranca de los brazos del rey y vase precipitado.*)

ESCENA IV.

EL REY. PACHECO. ELVIRA. DESTÚÑIGA. MORALES.

(*El rey se deja caer afligido en un sillón.*)

REY. Y ¡he de perderle, Dios mio!
Mas ¿qué he de hacer si se obstina?

- PACHECO. (*Aparte.*) ¡Ah! ¡Ya del susto salí!
Mi pecho alegre respira.
(*Salen Elvira, Destúñiga y Morales.*)
- DESTÚÑIGA. Entra, Elvira, ten valor.
- MORALES. Venid.
- ELVIRA. ¡Horrible entrevista!
Me faltan las fuerzas.
- PACHECO. ¡Cielos!
- ¡Elvira aquí!
- DESTÚÑIGA. No te aflijas....
- Ven.
- ELVIRA. (*Al rey creyendo que es don Alvaro.*)
Padre.
- REY. ¿Quién es?
- ELVIRA. ¡Qué veo!
- ¡El rey!
- DESTÚÑIGA. ¡El rey!
- REY. ¡Dios! ¡Elvira!
- ¡Esto solo me faltaba!
¿Cómo resistir su vista?
- ELVIRA. (*Se echa á los pies del rey.*)
Señor, vedme á vuestros pies:
piedad de una infeliz hija.
Volvedme á mi padre, sí,
volvédmele.... Mas....
- (*Sè levanta aterrada, mirando á todas partes.*)
- REY. ¿Qué miras?
- ELVIRA. ¿Dónde está?... ¡Dios! ¡No le veo!
¿Acaso ya la cuchilla
del verdugo?....
- REY. No.... no temas.
Allí está.... Vive tranquila....
Hora se apartó de mí.
- ELVIRA. ¿Le habeis visto?
- REY. Sí, hija mia.
- ELVIRA. ¿Luego perdonado está?
- REY. ¡Perdonado!
- ELVIRA. ¿A qué vendria
aquí su rey en tal hora
sino á salvarle la vida?
- REY. Tienes razon: á eso vine.

Yo su perdon le traia;
mas él lo rehusa.

ELVIRA.

¡Oh cielos!

Y ¿qué importa? ¿Necesita
vuestra bondad?....

REY.

Mi bondad,

si á la clemencia me inclina,
calla cuando mi decoro
á ser severo me obliga.

Para darle su perdon
es fuerza que él me lo pida.

ELVIRA.

¡Ah! Señor, piedad.... Miradme,
yo abrazo vuestras rodillas.

Si como fuerte varon
teme mostrar cobardía,
débil muger, hacer puedo
lo que en él mengua seria.

Ved mis lágrimas.... Tened
compasion de mi desdicha.

Si habeis venido á salvarle,
cumplidlo.... mi padre viva:

que nunca un rey brilla tanto
como si clemente brilla.

REY.

Yo á par de ti lo deseo;
mas si él se resiste.... Mira,
acaso tú....

ELVIRA.

¿Yo?

REY.

Tal vez

tus lágrimas de él consigan
lo que no pudo mi amor.

ELVIRA.

Sí.... lo espero.

REY.

Una sortija

lleva, don de mi amistad,
en que su perdon estriba.

Le he prometido firmarlo
si sumiso me la envia.

MORALES.

¡Ah! ¿Qué escucho? Si será....

¿Tiene acaso vuestra cifra?

REY.

Sí tiene.

MORALES.

Ya sé cual es.

REY.

No es posible que resista

á tu afliccion, á tus ruegos.
Si su obstinacion altiva
logras al cabo vencer,
tráeme ese anillo tú misma;
y juro que al punto....

ELVIRA.

Sí,
lo llevaré; pues, benigna,
una voz aqui me dice
que cederá su porfia.

REY.

Adios, pues.... En una estancia
que de esta se halla vecina,
y á que se va por allí,
(*Señala la puerta de izquierda al foro.*)
te espero.

ELVIRA.

El cielo os bendiga.

ESCENA V.

ELVIRA. DESTÚÑIGA. MORALES. PACHECO.

PACHECO.
vean.)

(*Aparte y siempre retirado sin que le*
vean.)
¡Oh rabia!.... ¿Si lograrán?....
Mas observemos.

MORALES.

Albricias.
Vuestro padre está salvado.

ELVIRA.

¿Cómo?

MORALES.

La sortija es mia.

DESTÚÑIGA.

¡Tuya!

MORALES.

Sí.... Me ha prometido
dármela.

ELVIRA.

¿Es cierto?

PACHECO.

(*Aparte.*) ¡Oh desdicha!

MORALES.

Aqui mismo: habrá un instante.

ELVIRA.

Pues no tardes, corre, pídelas.

MORALES.

Voy.... Mas ¡oh cielos!... Yallega
la fúnebre comitiva.

ELVIRA.

¡Triste de mí!

MORALES.

No temais.

ELVIRA.

Quiero abrazar sus rodillas,
rogarle....

MORALES.

No es necesario.

ELVIRA.

Que á lo menos me despida.

MORALES.

¿Para qué, si va á salvarse?

Evitad mas bien su vista.

Dejadme obrar.... Apartaos.

ELVIRA.

En tí mi esperanza fia.

ESCENA VI.

DICHOS. DON ALVARO. ALCALDES. ALGUACILES. SOLDADOS.

CRIADOS DE DON ALVARO. DOS FRAILES. EL VERDUGO.

(Habrán entrado primero dos alcaldes con alguaciles, los cuales, atravesando el teatro, pasan al cuarto de don Alvaro. Salen despues con este, y le acompañan dos frailes y sus criados que muestran mucha afliccion.)

ALVARO.

¿Qué haccis, amigos, qué haceis?

Por Dios, reprimid el llanto....

Mas siento vuestro quebranto
que el estado en que me veis.¿A qué lamentar la suerte
del que vivió poderoso,
cuando es de un Dios bondadoso
un nuevo favor tal muerte?Llorárais, sí, con razon,
si con golpe repentino
tuviera fin mi destinotriunfando aún mi ambicion;
mas pues me quiso humillar
el cielo en mi hora postrera,
será porque en su alta esfera
nuevas glorias me va á dar.Alegre marchó á gozarlas;
que eternas, puras serán,
y allí no conseguirán
ni traicion ni envidia ajarlas.

Adios.... Marchemos.—

(Al verdugo, que se acerca á él llevando unas cuerdas en la mano.)

¿Qué intentas?

VERDUGO. Ataros, señor, las manos.

ALVARO. No hagas tal, que es de villanos.
¡A un noble tales afrentas!*(Desprende de su vestido una cinta y se la da al verdugo.)*Ata con esto.... y te ruego
mires si bien afilado
está el puñal acerado
porque me despaches luego (1).*(Morales se abre paso por entre los que rodean á don Alvaro, y se arroja á sus pies sollozando.)*

MORALES. Señor....

ALVARO. ¡Fernando!

MORALES. A besar
dadme vuestra mano.

ALVARO. Sí....

toma.... No llores así,
que tambien me harás llorar.

MORALES. ¡Ah! Contener no me es dado....

ALVARO. Basta.... basta....

MORALES. ¡Ay! ¿osaré
recordaros?....

ALVARO. Hijo, ¿qué?

MORALES. Este anillo....

ALVARO. Sí.... Ha llegado
el fatal momento ya.Cumplir mi palabra quiero:
toma este don postrimero
que hacerte en mi mano está (2).*(Saca el anillo y se lo da. Morales lo toma: besa con entusiasmo la mano de don Alvaro; y alzándose lleno de alegría, corre á entregárselo á Elvira.)*MORALES. ¡Señor!.... ¡Qué felicidad!
Lo que vale aun no sabeis.—*(A Elvira.)*

Tomad.... presto.... no tardeis.

(1) Histórico.

(2) Idem.

ELVIRA. ¡Oh cielos! ¡Alas me dad!
(Elvira echa á correr apresuradamente, llevando el anillo, por la puerta del foro izquierda. Pacheco que se habrá acercado confundido entre la gente, observándolo todo, muestra su despecho.)

PACHECO. ¡La esperanza ya perdí!....
 Mas ¡qué idea!.... Sí.... corramos.
(Vase precipitadamente.)

ALVARO. Adios, pues, amigos.... Vamos.
 Rogad al cielo por mí.
(Va desfilando todo el acompañamiento. Destuñiga y Morales quedan solos.)

ESCENA VII.

DESTUÑIGA. MORALES.

(Despues que ha salido todo el acompañamiento, se oye fuera el siguiente pregon.)

PREGON. Esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor á este cruel tirano, usurpador de la corona real, y en pena de sus maldades, mándante degollar por ello (1).

MOR. ¡Ah! ¿Si habrá tiempo de que Elvira vuelva?

DES. Pues cerca el rey está, tardar no puede.

MOR. ¡Quién del séquito fúnebre los pasos pudiera detener!

DES. Nada receles:
 aun se halla lejos el fatal instante.
 Un cuarto de hora falta, si no miente
 el relox que aqui está.

MOR. No, pues volvíle
 antes al dar las dos; y caer debe
 su última arena cuando allá en la torre
 con son tremendo la campana suene.

PREGON. *(Dentro y mas lejos.)* Esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor á este

(1) Histórico.

cruel tirano, usurpador de la corona real, y en pena de sus maldades, mándante degollar por ello.

DES. Lejos sueña el pregon.

(*Se acerca á la ventana del fondo, y entreabriéndola, mira por ella. Morales mira tambien con inquietud por la puerta por donde debe volver Elvira.*)

¡Ah!.... Ya se acercan al horrible cadalso.

MOR. ¡Y aun no viene!

DES. ¡Cielos!.... Llegaron ya.... Con paso firme la escalera fatal sube el maestro.

¡Qué valor!....

MOR. ¡Cuánto tarda!.... El rey acaso faltando á su palabra....

DES. Y ¿tú lo crees?

No puede ser, jamas.

MOR. Pero si Elvira....

Tiemblo... ¡Ah! respiro al fin. ¡Héla que vuelve!

ESCENA VIII Y ÚLTIMA.

DICHOS. ELVIRA, y luego PACHECO.

(*Sale Elvira corriendo y llevando en la mano el pliego en que está el perdon de don Alvaro.*)

ELV. Vedle.... vedle... aqui está.

DES. ¿Su perdon?... Vamos.

MOR. No hay tiempo que perder.

ELV. Corramos.

PAC. (*Saliendo.*) Tente.

ELV. ¡Villena!.... ¡Santo Dios!.... ¡Somos perdidos!

PAC. Es vano ese perdon.... tiempo no tienes para llevarlo.

ELV. ¿Cómo?

PAC. Oid.

(*Suenan las tres del reloj de la torre.*)

DES. ¡Oh rabia!

¡Las tres!

MOR. No puede ser.... Aun falta en este....

(*Mirando el reloj de arena.*)

DES. ¡Traidor!... Comprendo... Tú el reloj sin duda has osado avanzar.

PAC. Sí.... Ya vengueme.

DES. No lo creas.... Venid.... Desde esta reja todos gritemos que el suplicio cese.

ELV. Sí, sí.... ¡Perdon! ¡Perdon!.... Mirad... Teneos.
(*Destúñiga y Morales corren á la ventana del fondo y la abren de par en par. Se ve una plaza, y el cadalso en que está ya don Alvaro degollado. Elvira corre hácia la ventana gritando y mostrando el perdon; pero al ver muerto á su padre, da un grito y cae desmayada en los brazos de Destúñiga y Morales.*)

DES. ¡Cielos!.... ¡No es tiempo ya!

ELV. ¡Jesus mil veces!

ERRATAS.

<i>Pág.</i>	<i>Lín.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
10	1	bello	bella
id.	9	que por demas es hermosa.	que por demas es hermosa: á todos inspira amor.
15	7	en arcado	enarcado
48	últ.	de Castilla los destinos,	de estos reinos los destinos,
92	28	ruido	miedo



Esta Galería, fundada en 1830, comprende más de producciones nacionales y extranjeras, y las obras siguientes:

Res

- Fíguro** (D. Mariano J. de Larra): 4 tomos en 8.^o con su retrato y biografía.....
- Alvarez**.—Derecho real: 2 tomos.....
- Rossi**.—Derecho penal: tercera edicion en un tomo.....
- Arago**.—Astronomía: 1 tomo.....
- Poesías** de **D. José Zorrilla**: 2 tomos
- de **D. José Espronceda**: 1 tomo.....
- de **D. Tomás Rodríguez Rubí**: 1 tomo.
- de **D. Juan Eugenio Hartzenbusch**: 1 tomo.....
- Arte** de declamacion: por D. Cárlos Latorre... ..
- Memorias** del príncipe de la Paz: 6 tomos.....
- Y otras que figuran en los Catálogos

PUNTOS DE VENTA

En Madrid, en las librerías de los Sres. Hijos de D. J. Cuesta, D. Antonio San Martín, D. Fernando Fe y D. H. menegildo Valeriano.

En Provincias, en las principales librerías, donde se cilitan Catálogos.